

CRISTIANDAD

Un «slogan» pontificio. «Pacificación preventiva»

Editorial

**La seguridad y la paz
deben fundarse en Dios y su Cristo**

Mensaje de S. S. el Papa Pío XII, en la víspera de Navidad de 1955

El sentido de Cruzada en Iñigo de Loyola

por el P. Ramón Orlandis, S. I.

¿Un nuevo Frente Popular en Francia?

de la Quincena política

BAJO EL SIGNO DEL AHORRO

Durante el año que acaba de transcurrir, múltiples y fecundas han sido las actividades de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Cataluña y Baleares. Del amplio temario que aquéllas nos ofrecen, entresacamos las que transcribimos a continuación y que patentizan el auge incesante de la Institución cincuentenaria, profundamente arraigada y apreciada por todo el ámbito por donde ejerce su función propulsora del Ahorro y de la Previsión y que, además, prodiga incontables beneficios a través de una Obra de Acción Social, Benéfica y de Asistencia, ampliamente conocida y admirada.

XXXI Día universal del ahorro. 31 Octubre de 1955

En todo el territorio jurisdiccional de la CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS en Cataluña y Baleares, se ha celebrado el «XXXI Día Universal del Ahorro», con importantes actos sociales, procediéndose a la entrega de premios y bonificaciones a los antiguos imponentes, a los ahorradores infantiles y a los beneficiarios de las Obras Culturales Sociales y de Asistencia de la Institución.

Fué profusamente distribuido el folleto editado por la CAJA detallando el importe de las Concesiones otorgadas con motivo de la Jornada Mundial del Ahorro, por un total de tres millones de pesetas, figurando en la portada un artístico cartel simbólico.

Informaciones de prensa, campañas de difusión por la Radio, Concursos de trabajos literarios dedicados a exaltar la virtud del Ahorro, y crecido número de festivales de Previsión escolar, constituyeron plena demostración de la fidelidad de la CAJA a las consignas del «Instituto Internacional del Ahorro» y a las emanadas de la «Confederación Española de Cajas de Ahorros Benéficas» y de la «Federación Catalano-Balear» de Cajas de Ahorros.

Las Autoridades civiles y eclesiásticas, las entidades y el Magisterio han apoyado la acción de la CAJA, desarrollada a través de sus servicios de la Secretaría General; de Previsión Social (Ahorro Escolar); de Sucursales; de Agencias Urbanas; de Propaganda y Difusión Social y de Obras Benéfico-Sociales.

Inauguración del nuevo edificio de la sucursal de la Caja y de la Biblioteca pública en San Vicente dels Horts. Descubrimiento de una lápida dedicada a don Francisco Moragas

Coincidiendo con las jornadas conmemorativas del XXXI DIA UNIVERSAL DEL AHORRO, se celebró el 30 del mes de octubre, la solemne inauguración del nuevo edificio construido por la CAJA para su Sucursal en San Vicente dels Horts (Barcelona).

Previamente al acto inaugural y con asistencia de todo el vecindario, el Rdo. Cura Párroco Don Jaime Casas Casas, procedió a la bendición de la artística lápida que rotula con el nombre del eximio Fundador de la CAJA, don Francisco Moragas, la calle en donde se halla enclavado el nuevo hogar social de la Institución. Al descubrirse la lápida por el Sr. Alcalde Don Miguel Reverter Mallol, unánimes y calurosos aplausos subrayaron tan memorable acontecimiento cívico.

Una vez bendecidas las nuevas Oficinas y la Biblioteca Pública, el Director General de la CAJA, Dr. D. Enrique Luño Peña, expresó su gratitud al Ayuntamiento de San Vicente dels Horts por haber rendido público homenaje a la memoria del insigne

Maestro de la Previsión Social, don Francisco Moragas. Comentó la obra cristiana, fecunda en geniales creaciones llenas de amor al prójimo, de tan insigne patricio, y expresó el concepto de «poeta social» que le merecía su magnífica obra, estableciendo un parangón con la inspirada lírica de los vates Verdaguer y Maragall. Brindó a San Vicente dels Horts y especialmente a su juventud e infancia la nueva Biblioteca, y ofreció al vecindario los servicios de las nuevas amplias oficinas de la Sucursal, regentada por el Delegado, Don José M.^a Tor, que en su actuación, al responder fielmente a los ideales económico-sociales de la CAJA, se ha hecho acreedor en la localidad a un general aprecio.

El señor Alcalde manifestó que al ofrendar al nombre de Don Francisco Moragas el homenaje de que rotulase la calle del nuevo «Casal» de la CAJA, se propuso San Vicente dels Horts testimoniar su reconocimiento al Fundador de una Obra querida y admirada por todos los vecinos, de manera especial por sus realizaciones de Homenaje a la Vejez y de Obra Cultural. Hizo constar que agradecían a la CAJA la implantación de una Biblioteca y el dotar a la Sucursal de unos locales excelentes, rogando al Dr. Luño lo hiciera así patente al Consejo, con la reiteración de la adhesión de todos.

Obra de los Homenajes a la Vejez XXXIX Homenaje a la Vejez de Cataluña y Baleares

Con una plenitud de ambiente espiritual y social, no superado hasta la fecha, se ha celebrado, en el transcurso de la Primavera del pasado año, y, en especial coincidiendo con el período de Pascua de Resurrección a Pascua de Pentecostés, el XXXIX Homenaje a la Vejez de Cataluña y Baleares, patrocinado por la CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS.

210 Homenajes en 1955

En 1955 se celebraron más de doscientos diez actos de Homenaje, en todas las zonas donde actúa la CAJA DE PENSIONES, habiendo los «Patronatos Locales de la Vejez», juntamente con los Delegados y Personal de Sucursales, en íntimo enlace con el Patronato Superior y la Secretaría General de la CAJA, desarrollado una eficiente labor que ha permitido conceder aportaciones a los ancianos, por varios millones de pesetas, ascendiendo a más de dos millones, la consignación directa del fondo de la Obra de los Homenajes a la Vejez, de esta CAJA DE PENSIONES.

En todos los actos fue leída la «Proclamación de los Ancianos», correspondiente a la presente Fiesta Anual, dando unidad ideológica y social, a este tributo a los ancianos.

CRISTIANIDAD

AÑO XIII-N.º 284

15 ENERO 1956

«ES EL SEÑOR»

Por el interés que sin duda tendrá para todos nuestros lectores conocer el emocionante artículo publicado en «L'Osservatore Romano», de 11 del pasado, sobre la aparición de Jesucristo a Su Santidad Pío XII, durante su última enfermedad, dada a conocer al mundo por la indiscreción de un periódico italiano, publicamos a continuación su texto traducido.

En la festividad de la Inmaculada Concepción del pasado año 1954 se reunieron para una solemne ceremonia, en la Basílica Liberiana, el Sacro Colegio, Obispos, Prelados y gran muchedumbre del pueblo, como terminación del Año Mariano. El que lo había anunciado y abierto doce meses antes, se hallaba ausente por enfermedad grave; sin embargo, Su Santidad Pío XII no sólo estuvo en espíritu entre sus hijos más próximos y unido al coro de fieles de toda la tierra, sino que desde su lecho de dolor quiso hacer llegar a unos y a otros su voz cansada, aunque límpida y sostenida por una confianza inmensa: “Con la visión de todo el mundo católico, hoy, como una sola familia, agradecemos al Señor el que, como sello de tanta abundancia de oraciones y obras elevadas a Él en este año de gracias, haya querido de Nos, en acto de amor, el padecimiento y el sacrificio.

Y Nós — continuó —, con el sufrimiento en los miembros, con el sacrificio en el corazón, Nos alegramos de cerrar el Año Mariano...” Seguía el Avemaría — inefable síntesis de esperanza en la Madre celestial — recitada por el mismo Sumo Pontífice.

En esta altísima luz cristiana, con que el dolor es mirado como medio de perfección y de unión con Dios, y a modo de inseparable compañero de la actividad apostólica hasta suscitar, en quien serenamente lo acoge, una sorprendente alegría, debe ser considerado el maravilloso acontecimiento que ocurrió al amanecer del 2 de diciembre del mismo año 1954, que una indiscreción — como fué definida por los mismos que la divulgaron, y que ciertamente no fué ni querida ni aprobada por quien fué objeto de ella — dió a conocer en todo el mundo. Por el contrario, conviene precisar que el Padre Santo se mostró abiertamente disgustado por la indiscreción cometida aunque fuera, sin duda, con buenas intenciones.

¿Cuáles fueron las características de la aparición? Ella es signo manifiesto de la Omnipotencia y Sabiduría Divina, soberana dominadora del universo. El fulgor sobrenatural, frente a la admirable realidad que confiere al hombre mismo, según la palabra de San Pablo, toda posibili-

dad en Aquel que lo sostiene, los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, es decir, la Iglesia, han visto una prueba más de la benignidad del Señor; y a Él han ofrecido el más vivo reconocimiento, de igual forma que antes habían elevado y constantemente elevan a Dios instantes oraciones para que conserve a su grey el Pastor y Guía.

Como suele acontecer, dada la extraordinaria importancia de la noticia, no faltó quien quiso detenerse en disquisiciones sobre el suceso con los acostumbrados debates sobre el sensacionalismo más o menos clamoroso de los periódicos, o con sugestivas cábalas sobre éste o aquél particular, en lugar de limitarse a la sustancia del hecho; tendiéndose preferentemente a ampliar elementos secundarios. Por ello, muy oportunamente *L'Osservatore della Domenica*, a breve distancia de la primera revelación pública, delineaba con conmovida objetividad cuanto había sucedido y deducía las primeras aplicaciones para enseñanza de los fieles y de la humanidad entera.

* * *

Sin embargo, como quiera que perduran todavía las incertidumbres y las inexactas suposiciones, a menudo acompañadas de juicios erróneos y no siempre bien intencionados, creemos oportuno prestar también nuestra contribución a la exposición precisa de la verdad, cual la hemos conocido por uno de los poquísimos devotos colaboradores, que también en aquel diciembre estaban a diario próximos al Sumo Pontífice; y que, con la máxima reserva y con la más perfecta fidelidad, había escrito algunos apuntes por él inmediatamente puestos y sellados en un sobre en el que había escrito: “Para abrirlo solamente después de mi muerte”. Después, es decir, cuando la noticia fué del dominio público, la misma persona consideró un deber someter los propios apuntes al Padre Santo, y obtuvo de él la confirmación de la veracidad de aquellas notas.

LEA EN ESTE NÚMERO:

EL TEXTO INTEGRO DEL MENSAJE PONTIFICIO DE LA ULTIMA NAVIDAD.

EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA, por Ramón Orlandis, S. I.

Sumario en la última página

Esto constituye la prueba del reverencial y profundo afecto con que fué acogida la breve narración del prodigio. Pero recuerda también un particular de primaria importancia: que ni un solo día, ni aun durante la grave enfermedad, dejó el Sumo Pontífice de atender, y con perfecta claridad de su arduo deber, hasta más allá de los límites de las fuerzas físicas, a su trabajo, a las altas responsabilidades que Dios le confirió en el momento de elevarle a la Cátedra suprema, encendiendo en su corazón la llama de la paternidad universal.

Entrado, pues, en la habitación del Padre Santo, hacia las nueve horas del 2 de diciembre — así se lee en el apunte titulado “Audiencia del 2 de diciembre de 1954” —, apenas el visitante había pronunciado, arrodillándose, su saludo de buenos días, cuando, por toda respuesta, oyó al Padre Santo exclamar: “¡Esta mañana he visto al Señor!” Y añadir que el día antes había sentido una voz clarísima que le anunciaba muy distintamente: “Vendrá una visión”; y en aquella mañana, mientras repetía la invocación del “*Anima Christi*”: “*in hora mortis meae voca me*”, el Señor había llegado y había estado junto a él. En aquel momento Su Santidad había pensado inmediatamente en el conocido pasaje del Evangelio de San Juan: “*Magister adest et vocat te*”, y por ello había añadido en seguida el versículo siguiente de la misma oración “*Anima Christi*”: “*et jube me venire ad te*”. Cada frase — se lee todavía en los apuntes — fué dicha por el Padre Santo con admirable presencia y tranquilidad de ánimo. Debe además destacarse que, a pesar de la diligente y continua asistencia al enfermo, nadie, en aquel momento, se hallaba presente en la cámara de Su Santidad; sólo algunas personas estaban reunidas en la estancia contigua.

Nada más. Pero es mucho, muchísimo, para quien tiene conocimiento de los caminos de Dios y de la historia de la Iglesia, que registra las manifestaciones arcanas y misericordiosas de la excelsa Bondad y sabe que no vienen a satisfacer las ansias, las impacencias, las curiosidades, las estrechas miras terrenas, sino que contribuyen a robustecer la fe de los justos, a vigorizar la de los tibios, a encender un deseo en quienes todavía permanecen alejados.

Teólogos y pastores de almas han explicado ya la naturaleza y el significado de estas intervenciones celestiales. A nosotros no queda sino recoger sus irradiaciones benéficas y fecundas; como una de tantas que continuamente se difunden, y especialmente en tiempos de particulares necesidades, de la venerada persona de aquel que es, hoy, el Jefe visible de la Iglesia y ha sido objeto de singulares predilecciones divinas.

Si hubiésemos tenido que hacernos eco de la primera impresión recogida, al día siguiente de la noticia, hubiéramos referido el escueto comentario de un sencillo creyente: “Es natural; pues ¿a quién si no a él? Basta ver de qué modo ora y se dirige a Dios el Papa.”

Pero — como dijimos al comienzo — nos hemos propuesto considerar el caso a la luz de la presencia real y vivificante de Jesús en su Iglesia, que va desde el misterio de la Santísima Eucaristía a su divina enseñanza, a la inspiración ininterrumpida con que asiste a su Vicario en la tierra.

Fuera de este ámbito tan explícito y concreto, el prodigio suele ser mal valorado o no puede ser comprendido como corresponde. Dentro, en cambio, de aquellos inefables horizontes, se convierte en documento seguro perceptible y evidente, aunque bastante raro. Se trata, en una palabra, de sentir plenamente lo que significa el mandato de Cristo a Pedro y la respuesta de Pedro al Maestro. Este nuestro periódico se honra y se enorgullece de dar a diario testimonio de ello.

* * *

El mundo católico había ya, espontáneamente, declarado milagrosa la curación de Pío XII. Dios se ha servido también de los medios comunes de la ciencia y ha iluminado las mentes de ilustres y vigilantes médicos. Se puede, pues, suponer que la visita sensible de Jesús al Sumo Pontífice enfermo, junto a su cabecera, no ha querido significar tanto la inmediata desaparición del mal — aunque ya en la noche siguiente comenzó una notable y progresiva mejoría — cuanto la fuerza invencible apta para superar las asperezas más angustiosas, que todavía no habían llegado. En efecto, al mediodía del mismo 2 de diciembre, el estado de Su Santidad se hizo más grave, incluso alarmante. Pero su serenidad fué superior a toda crisis y afán. ¿No es acaso el Getsemaní uno de los pasos más conmovedores de la pasión de Jesús? Y aquí, el Señor, no por medio de un ángel suyo, sino personalmente, vino a traerle el infinito alivio, el indecible consuelo. De ahí que a cuantos se acercaban al Papa para curarlo con toda devoción, él les indicaba uno de los puntos clave de los ejercicios de San Ignacio, mostrándoles reiteradamente el precioso librito: es decir, la plena e imperturbable conformidad con los designios divinos.

Ante disposiciones tan abiertas y generosas, se agolpan en la mente los esplendorosos sucesos de una vida incomparable, en una confrontación que nada tiene que ver con las analogías de las comunes alternativas humanas. Podría pensarse en la estupenda figura de Elías, a quien el Señor invita a sobreponerse a su cansancio y a proseguir con renovado aliento, porque “*grandis tibi restat via*”. Viene sobre todo a la mente uno de los más deliciosos episodios concernientes al primer Apóstol y primer Papa, Pedro.

Narra el Evangelio que, en uno de los días de la estancia de Jesús en la tierra, después de la Resurrección, el Redentor llegó a la playa del lago Tiberíades; a lo largo los apóstoles se ocupaban en pescar. Inmediatamente Juan dijo a Pedro: “*Dominus est*”: es el Señor. ¿De quién fué la voz que en la vigilia del 2 de diciembre dió al Padre Santo, al Pedro viviente, el anuncio de cuanto habría de acontecer? No podemos indagar ni queremos discutir. Pero sabemos por el mismo Evangelio que Pedro, inmediatamente que reconoció al Señor, se echó al agua y salvó a nado la distancia que le separaba de la playa para postarse cuanto antes ante el Divino Maestro; los otros apóstoles tendían todavía las redes por mandato del mismo Jesús. A Pedro le fué ordenado después que sacara la red llena. Los símbolos son elocuentes; para recordar y atestiguar la presencia del Hijo de Dios; la generosa carrera de Pedro hacia Él por entre las olas de cualquier prueba y contrariedad; la suprema misión confiada al Príncipe de los Apóstoles. Todo, en efecto, era preparación de cuanto se había de realizar pocos instantes después: el sublime otorgamiento del Primado al mismo Pedro.

Predilecciones de Dios: correspondencia de su elegido. No nuevas en las vidas de los Pontífices.

Durante las pasadas semanas, mientras las gentes quedaban atónitas y como asombradas por cuanto se había dicho y difundido, la liturgia celebraba la fiesta del Pontífice San Clemente, el tercer sucesor de Pedro. En el Introito de la misa se recuerda el pasaje del profeta Isaías: “Dice el Señor: mis palabras, que yo he puesto sobre tus labios, no fallarán jamás de tu boca; los dones que ofrecieres sobre mi altar, me serán gratos.”

¡No fallarán jamás! Precisamente aquella misma mañana del 2 de diciembre, el Padre Santo, hecho el breve relato de cuanto había sucedido, trató de los asuntos co-

UN «SLOGAN» PONTIFICIO

«PACIFICACION PREVENTIVA»

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

No quisiéramos que este título sonara a irreverencia para ningún oído. Creemos, por el contrario, que, despojado del resabio "comercial" e insincero que pudiese tener, es adecuado para significar lo que con el mismo pretendemos.

En este sentido, un "slogan" es nuclearmente una "idea-fuerza". Una idea, concepción de la mente, doblada sin embargo de contenidos imaginativos, proyectada sobre lo concreto, y capaz, en consecuencia, de mover a la vez la voluntad y el sentimiento; suscitadora de entusiasmo, de confianza, de sacrificio; que condensa las aspiraciones elevadas de un momento, cancela desorientaciones y temores, refiere la vida inmediata a un futuro no pasivamente augurado, sino eficazmente intentado por los hombres.

Pero un "slogan" significa, además, el uso publicitario de una "idea-fuerza" semejante; su difusión entre las masas, su lanzamiento a todos los ámbitos.

Fué un "slogan" la "idea-fuerza" revolucionaria "libertad, igualdad, fraternidad"; lo ha sido la del propio Pío XII: "Cruzada por un Mundo Mejor".

Sería tiempo que este "slogan" pontificio hubiese prendido en las huestes católicas, e incluso en las huestes dispersas de franco-tiradores, que son estos "hombres de buena voluntad" a los que el Papa se dirige con tanta frecuencia.

Debería prender igualmente en nos-

otros el nuevo "slogan" pontificio de "pacificación preventiva", tan claramente subordinado al anterior, y que el Papa ha lanzado en su último discurso de Navidad.

"Pacificación preventiva" expresa y simboliza un desarme moral, como condición que es de un desarme material. Es la deposición del odio, de los falaces motivos egoístas en los que quiere apoyarse, de un modo u otro, la organización de la paz; es la eliminación de la doblez y de la desconfianza, de las actividades aberrantes que aprisionan a la materia la vida y las aspiraciones de los hombres, y les impiden gozar del mensaje y compañía de Cristo, Príncipe de la Paz.

"Pacificación preventiva" es el "slogan" pontificio para significar "cristianización"; como "Mundo Mejor" significaba "Reinado social de Jesucristo". Así, es dar a los espíritus la tranquilidad, el sosiego de la conciencia; darles el orden, o mejor la ordenación activa, por medio sobre todo de la oración, hacia aquellos bienes espirituales entre los cuales se connumera la paz.

El Papa excluye expresamente, en su Mensaje de Navidad, una posible interpretación desviada de sus intenciones, consistente en interpretar este "desarme moral" como un abandono de toda vigilancia, como la imprudente entrega de nuestros bienes a los enemigos de la paz. Así lo hace al afirmar, como subraya "Ecclesia", que "Nuestro programa de paz no puede aprobar una coexistencia general con

todos y a cualquier precio", indicando, incluso, que a este resultado pernicioso conduce el intento de buscar la paz por la sola ruta del bienestar y de la economía.

Mensaje tras Mensaje, Navidad tras Navidad, insiste el Papa en esta temática. El frío viento de laicismo que sopla en el Mundo levanta en su alma una polvareda de preocupaciones que se concentran, diríase, en un punto: el peligro, no eliminado, de una conflagración generalizada, con armas atómicas.

El Papa quiere evitar esto, con todas sus fuerzas. Y como Cristo hablaba en parábolas a hombres demasiado torpes para entender directamente en su pureza el lenguaje del espíritu, su Vicario nos quiere conmover con "slogans" y alistarnos por este medio a la empresa cristiana de la paz.

"La visión falsa y estrecha del mundo y de la vida aceptada por los hombres modernos"; "la riqueza y las obras, los proyectos y los inventos, orgullo y tormento de la edad moderna"; o inversamente, la fatiga y el cansancio que siguen a la comprobación de la insuficiencia de tales bienes, ¿oscurecerán en nosotros la idea de que "la humanidad no puede impunemente rechazar y olvidar el haber venido Dios y habitado en la tierra, porque este hecho es, en la economía de la Providencia, esencial para establecer el orden y la armonía entre el hombre y sus cosas, y entre éstas y Dios"?

J. B. B.

rrientes, y, entre otras cosas, dió los últimos retoques al discurso para los juristas católicos, cuyo texto fué entregado al siguiente día 5 al Congreso de aquella asociación.

Como siempre y en todo momento, la entrega absoluta.

La visita divina había puesto como un acento de gloria en el permanente coloquio de gracia, de virtud y de entrega, que arranca desde el primer "adsum" hasta todo lo largo de la existencia meritoria del Sumo Sacerdote. Un día, precisamente la víspera de uno de los acontecimientos más insignes del presente pontificado, el comienzo del Año Santo, Pío XII hubo de exclamar: "... la grandeza y la gravedad, los cuidados y los sufrimientos de los tiempos en que la Providencia divina ha querido situar Nuestra vida y Nuestro trabajo, no Nos amedrenta. A pesar de ser estos tiempos ásperos, asediados de peligros, agravados por amarguras, Nós los amamos, los abrazamos como a la cruz que Nos ha destinado el Señor desde la eternidad, en

cuya ruda dureza deben ser probadas la autenticidad de Nuestro amor, la firmeza de Nuestra fidelidad, la incondicionalidad de Nuestra fe, la medida de Nuestra íntima participación en los dolores, en las necesidades, en la misión de la Esposa de Cristo." En una hora de trabajo acentuado, Dios demuestra de manera insólita cuán aceptos le son el empeño y el ardor. No se trata, por nuestra parte, de intuir lo que la pobre mente del hombre no puede alcanzar; pero, gozosos y agradecidos todos nosotros, hemos visto las nuevas y lozanas energías, las providenciales empresas de Pío XII.

"*Dominus est!*" Como siempre, Pedro continúa corriendo hacia el Señor, diligente y pronto para la brega, que es tan grande cuanto vasto es el mundo e inacabable mientras duren los siglos; para conseguir cada vez mayores conquistas de almas para Cristo, en la certeza resplandeciente y firme de las victorias de Dios.

LA SEGURIDAD Y LA PAZ DEBEN FUNDARSE EN DIOS Y SU CRISTO

Radiomensaje de Su Santidad Pío XII en la víspera de Navidad de 1955

La alegría íntima de Navidad

CON el corazón abierto a la suave alegría que el Nacimiento del Redentor difundirá una vez más en las almas de los creyentes, deseamos expresar a vosotros, amados hijos de la cristiandad, y a todos los hombres indistintamente, Nuestros paternos augurios, tomando la materia, como en años pasados, del misterio inagotable de luz y de gracia que brota de la cuna del divino Niño en la santa noche de Belén, cuyo resplandor no se extinguirá jamás, mientras resuenen en la tierra los pasos dolorosos de quien busca en medio de las espinas el sendero de la vida verdadera.

2. ¡Cuánto quisiéramos que los hombres todos, esparcidos por los continentes, las ciudades, las villas, los valles, los desiertos, las estepas, las extensiones de los hielos y de los

mares, y por todo el orbe terráqueo, volviesen a escuchar, como dirigida a cada uno de ellos en particular, la voz del Ángel, que anuncia el misterio de la grandeza divina y del amor infinito, que, cerrando un pasado de tinieblas y de condenación, dió principio al reino de la verdad y de la salvación! «No temáis, pues os traigo una buena nueva, que será de grande alegría para todo el pueblo. Hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor»¹.

3. Quisiéramos que al igual de los primeros en acoger con silenciosa adoración el mensaje salutífero, también los hombres de hoy se viesen subyugados y arrebatados por el mismo sentimiento de estupor, que sofoca toda palabra humana e inclina la mente a la meditación y a la adoración, cuando se revela a sus ojos una majestad sublime: la del Dios Encarnado.

I

ACTITUD DEL HOMBRE MODERNO FRENTE A NAVIDAD

a) los que admiran la potencia humana externa;

4. Pero se puede preguntar con trepidante ansiedad si el hombre moderno se halla aún dispuesto a dejarse dominar por tanta grandeza sobrenatural y a dejarse penetrar de la alegría íntima que encierra: este hombre moderno, casi convencido del aumento de su poder, inclinado a medir la propia estatura por la potencia de sus instrumentos, de sus organizaciones y de sus armas, por la precisión de sus cálculos, por el número de sus productos, por la distancia a donde puede llegar su palabra, su vista y su influjo; este hombre, que habla ya orgullosamente de una edad de bienestar fácil, como si lo tuviese al alcance de la mano; que, como seguro de sí y de su porvenir, se atreve a todo, impulsado por una audacia incontenible, trata de arrancar a la naturaleza su último secreto, y de doblegar las fuerzas naturales a su voluntad, y ansía penetrar con su propia presencia física hasta en los espacios interplanetarios.

5. En verdad el hombre moderno, precisamente por estar en pose-

sión de cuanto el espíritu y el trabajo humano han producido en el decurso de los tiempos, debería reconocer aún más la infinita distancia entre su obra inmediata y la de Dios inmenso.

6. Pero la realidad es bien diversa, porque la visión falsa o estrecha del mundo y de la vida aceptada por los hombres modernos no sólo les impide sacar de las obras de Dios, y en particular de la Encarnación del Verbo, un sentido de admiración y de alegría, sino que les quita el poder reconocer en ellas el indispensable fundamento que da consistencia y armonía a las obras humanas. No pocos, en efecto, se dejan como deslumbrar por el resplandor limitado que de éstas brota, y se resisten al íntimo estímulo de buscar su origen y su perfección fuera y por encima del mundo de la ciencia y de la técnica.

7. A semejanza de los constructores de la torre de Babel, sueñan ellos en una inconsistente «divinización del hombre», que convenga y baste a cualquier exigencia de la vida física y espiritual. En esos la

1. Luc. 2, 10-11.

Encarnación de Dios y su «vida entre nosotros»² no suscitan ningún interés profundo, ninguna conmoción fecunda.

8. Navidad no tiene para ellos otro contenido ni otro lenguaje que el que puede expresar una cuna: sentimientos más o menos vivos, pero únicamente humanos, si es que no son oprimidos por costumbres mundanas y bullangueras, que profanan hasta el simple valor estético y familiar que la fiesta de Navidad, a modo de reflejo lejano, irradia de la grandeza de su misterio.

b) los que buscan una vida interior falsa;

9. Otros, en cambio, por caminos opuestos llegan a tener en menos las obras de Dios, cerrándose de tal modo el camino a la alegría secreta de Navidad. Aleccionados por la dura experiencia de los dos últimos decenios, que según ellos, han demostrado la brutalidad en vestidura humana de la sociedad actual, denuncian ásperamente el esplendor externo de su fachada, niegan todo crédito al hombre y a sus obras, y no ocultan el disgusto profundo que su excesiva exaltación provoca en sus almas. Por lo tanto ellos propugnan que el hombre renuncie a su febril dinamismo exterior, sobre todo técnico, que se encierre en sí mismo, donde hallará la riqueza de una vida interior enteramente suya, exclusivamente humana, capaz de satisfacer toda exigencia posible.

10. Sin embargo, esta interioridad completamente humana es incapaz de cumplir la promesa que se le atribuye, de satisfacer la exigencia total del hombre. Es más bien una soledad desdeñosa, casi desesperada, sugerida por el temor y por la incapacidad de darse un orden externo, y no tiene nada de común con la genuína interioridad completa, dinámica y fecunda.

11. En ésta, efectivamente, el hombre no está solo, sino que convive con Cristo, y compartiendo sus pensamientos y su acción, se acerca a Él como amigo, como discípulo y casi como colaborador, y se ve empujado y sostenido por Él cuando ha de afrontar el mundo externo según las normas divinas, porque Él

2. cfr. Jo. 1, 14.

es «el pastor y custodio de nuestras almas»³.

c) **los indiferentes e insensibles;**

12. Entre unos y otros de todos esos, que la concepción errónea del hombre y de la vida sustrae al influjo saludable y determinante del Dios Encarnado, está la gran masa de los que ni sienten orgullo por el esplendor externo de la humanidad actual, ni pretenden retirarse al interior de sí mismos para vivir sólo de cuanto puede dar el propio espíritu. Son los que se dicen satisfechos, si logran vivir del momento, no interesándose ni deseando otra cosa, sino que se les asegure la máxima disponibilidad de bienes exteriores, y que en el momento sucesivo no tengan que temer la menor merma en su tenor de vida. Ni la grandeza de Dios, ni la dignidad del hombre, ambas admirable y visiblemente exaltadas en el misterio de Navidad, hacen impresión en estos espíritus pobres, hechos insensibles e incapaces de dar un sentido a su vida.

13. Ignorada y rechazada de esta manera la presencia del Dios Encarnado, el hombre moderno ha construído un mundo en el que se confunden las maravillas con las miserias, lleno de incoherencias, como una vida sin salida, o como una casa provista de todo, pero que, por faltarle el tejado, es incapaz de dar la deseada seguridad a sus moradores. En algunas naciones, efectivamente, no obstante el enorme desarrollo del progreso exterior, y aun estando asegurado el mantenimiento material a todas las clases del pueblo, se insinúa y se propaga un sentimiento de malestar indefinible, una expectación ansiosa de algo que debe acaecer. Vuelve aquí a la mente la expectación de los sencillos pastores de los campos de Belén, quienes con su sensibilidad y prontitud pueden enseñar a los hombres soberbios del siglo xx dónde han de buscar lo que les falta: «ea, vamos a Belén — se dicen — y veamos este acontecimiento que el Señor nos ha dado a conocer»⁴. Ese

acontecimiento, desde hace ya dos mil años patrimonio de la historia, pero cuya verdad e influjo debe volver a ocupar su puesto en las conciencias, es la venida de Dios a su casa y heredad⁵. Ahora la humanidad no puede impunemente rechazar y olvidar el haber venido Dios y habitado en la tierra, porque ese hecho es, en la economía de la Providencia, esencial para establecer el orden y la armonía entre el hombre y sus cosas, y entre éstas y Dios. El Apóstol San Pablo describe la totalidad de este orden en una síntesis admirable: «Todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios»⁶. Quien de esta indestructible ordenación quisiese excluir a Dios y a Cristo, reteniendo de las palabras del Apóstol únicamente el derecho del hombre sobre las cosas, causaría una fractura esencial en el designio del Creador. El mismo San Pablo le acosaría con aquella admonición: «Nadie se glorie en los hombres»⁷. ¿Quién no ve de cuánta actualidad es este aviso para los hombres de nuestro tiempo, tan orgullosos de sus inventores y descubridores, que no sufren ya, con tanta frecuencia como en otros tiempos, la dura suerte del aislamiento, sino que, al contrario, ocupan la fantasía de las muchedumbres y también la atención vigilante de los hombres de Estado? Una cosa es tributarles el justo honor, y otra esperar de ellos y de sus descubrimientos la solución del problema fundamental de la vida. Por lo tanto la riqueza y las obras, los proyectos y los inventos, orgullo y tormento de la edad moderna, se deben considerar en relación al hombre, imagen de Dios.

14. Por lo tanto, si el llamado progreso no es conciliable con las leyes divinas del orden mundial, no es ciertamente un bien ni un progreso sino un camino hacia la ruina. Del epílogo ineluctable no preservarán ni el arte perfeccionada de la organización, ni los métodos desarrollados del cálculo, los cuales no pueden crear la íntima solidez del hombre, y mucho menos sustituirla.

lo tanto, indica que Cristo pretendía ofrecerse por guía de los hombres y sostén de ellos en la historia y en la sociedad. El haber conquistado el hombre en la presente era técnica e industrial un poder admirable sobre las cosas orgánicas e inorgánicas del mundo, no constituye un título de emancipación del deber de estar sometido a Cristo, Rey de la historia, ni disminuye la necesidad que el hombre tiene de ser sostenido por Él. Y de hecho el ansia de la seguridad se hace cada vez más vehemente.

16. La experiencia moderna muestra precisamente que el olvidar o desatender la presencia de Cristo en el mundo, ha provocado el sentimiento de extravío y la falta de seguridad y de estabilidad propia de la era técnica. El olvido de Cristo ha llevado a desatender también la realidad de la naturaleza humana, puesta por Dios como fundamento de la convivencia en el espacio y en el tiempo.

Principios de la verdadera naturaleza humana, fundamento de la seguridad del hombre.

17. Entonces ¿en qué dirección se debe buscar la seguridad y la íntima firmeza de la convivencia, si no es volviendo de nuevo la mente a conservar y despertar los principios de la verdadera naturaleza humana querida por Dios? Existe, en efecto, un orden natural, aunque sus formas cambian con los progresos históricos y sociales; pero las líneas esenciales han sido y son aún las mismas: la familia y la propiedad, como base del abastecimiento personal; luego, como factores complementarios de seguridad, las entidades locales y las uniones profesionales, y finalmente el Estado.

18. En estos principios y normas se inspiraron hasta aquí, en la teoría y en la práctica, los hombres fortificados por el Cristianismo, para realizar, en cuanto estaba en su poder, el orden que garantiza la seguridad. Pero, a diferencia de los modernos, nuestros antepasados sabían — también por los errores de los que no estaban libres sus aplicaciones concretas — que las fuerzas humanas, al establecer la seguridad, son intrínsecamente limitadas; y por eso recurrían a la oración, para obtener que un poder mucho más alto supliere su insuficiencia. En cambio, el descuido de la oración en la llamada era industrial es el síntoma más relevante de la pretendida autosuficiencia, de la que se gloria el hombre moderno. Son demasiados los que hoy no oran más por la seguridad, teniendo co-

II

CRISTO EN LA VIDA HISTORICA Y SOCIAL DE LA HUMANIDAD

15. Solamente Jesucristo da al hombre esa íntima firmeza. «Cuando vino la plenitud del tiempo»⁸, el Verbo de Dios descendió a esta vida terrena, tomando una verdadera naturaleza humana, y de este mo-

do entró también en la vida histórica y social de la humanidad, también en esto «hecho semejante a los hombres»⁹, bien que fuese Dios desde toda la eternidad. Su venida, por

3. cfr. *I Petr.* 2, 25.
4. *Luc.* 2, 15.
5. cfr. *Jo.* 1, 11.

6. *I Cor.* 3, 23.
7. *I. c.* 3, 22.
8. *Gal.* 4, 4.
9. *Phil.* 2, 7.

mo superada por la técnica la petición que el Señor puso en los labios de los hombres: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy»¹⁹, o a lo más la repiten sólo con los labios, sin una persuasión íntima de su necesidad perenne.

Falsa aplicación de las conquistas modernas de la ciencia y de la técnica a la seguridad.

19. Pero, ¿se puede con motivo afirmar que el hombre ha conquistado o esté ya para conquistar la completa autosuficiencia? Las conquistas, ciertamente admirables, realizadas modernamente en el desarrollo técnico y científico, podrán, bien es verdad, dar al hombre un vasto dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, sobre las enfermedades y aun sobre el principio y término de la vida humana; pero es igualmente cierto que tal señorío no será capaz de transformar la tierra en un paraíso de gozo cumplido. ¿Cómo, pues, se podrá razonablemente esperar todo de las fuerzas del hombre, si ya los hechos de nuevos progresos falsos y de nuevas enfermedades están mostrando el carácter unilateral de un pensamiento que pretende dominar la vida exclusivamente a base de análisis y síntesis cuantitativa? Su aplicación a la vida social, no solamente es falsa sino que es también una simplificación peligrosa en la práctica, de procesos muchos más complicados. Estando así las cosas, aun el hombre moderno tiene necesidad de orar, y, si es cuerdo, estará asimismo dispuesto a orar por la seguridad.

20. Con todo, esto no significa que el hombre deba renunciar a nuevas formas, o sea, a adaptar en orden a su seguridad a las condiciones presentes el orden indicado hace un momento, que refleja la verdadera naturaleza humana. Nada impide que se asegure la incolumidad, utilizando también los resultados de la técnica y de la industria; pero también es necesario resistir a la tentación de hacer que el orden y la seguridad dependan del aludido método puramente cuantitativo que no tiene en cuenta el orden de la naturaleza, como quisieran los que confían el destino humano al inmenso poder industrial de nuestra época. Pretenden éstos fundar toda suerte de seguridad sobre la productividad en continuo aumento y sobre el no interrumpido curso de la producción de la economía nacional, cada vez mayor y más fecunda. Dicha economía, afirman, cimentada sobre un siste-

ma automático completo y cada vez más perfecto de producción, y apoyada en los mejores métodos de organización y de cálculo, asegurará a todos los hombres activos un continuo y progresivo rendimiento del trabajo. Tal progreso, en una fase sucesiva, llegará a ser tan grande, que, mediante providencias que tome la comunidad, podrá ser suficiente para la seguridad aun de aquellos que no son aún o no son ya hábiles para el trabajo, como los niños, los ancianos y los enfermos. Para establecer dicha seguridad, dicen, no será, por tanto, necesario recurrir a la propiedad, ya sea privada, ya colectiva, en especie o en capital.

21. Ahora bien, semejante modo de ordenar la seguridad, no es una de esas formas de adaptación de los principios naturales a los nuevos progresos, sino casi un atentado a la esencia de las relaciones naturales del hombre con sus semejantes, con el trabajo y con la sociedad. En este sistema, demasiado artificial, la seguridad del hombre con respecto a su propia vida se encuentra peligrosamente separada de las disposiciones y energías inherentes a la verdadera naturaleza humana que sirven a la ordenación de la comunidad, las únicas que hacen posible una unión solidaria entre los hombres. En cierta manera, aunque con las adaptaciones necesarias a nuestros tiempos, la familia y la propiedad deben quedar como bases de una organización personal libre. A su modo, las comunidades menores y el Estado, deben poder intervenir como factores complementarios de seguridad.

22. Por consiguiente, nuevamente se comprueba que un método cuantitativo, por más perfeccionado que esté, no puede ni debe dominar la realidad social e histórica de la vida humana. El tenor de vida en continuo aumento y la productividad técnica, que se multiplica incesantemente, no son criterios que de por sí autoricen a creer que existe un genuino mejoramiento de la vida económica de un pueblo. Tan sólo una visión unilateral del presente y quizás del próximo futuro, puede quedar satisfecha con semejante criterio, pero nada más. De aquí se deriva, a veces por mucho tiempo, un consumo inconsiderado de las reservas y de los tesoros de la naturaleza y desgraciadamente también de la energía humana disponible para el trabajo; de ahí también resulta, paulatinamente, una desproporción cada vez mayor entre la necesidad de mantener la colonización del suelo nacional en una

adaptación racional a todas sus posibilidades productivas, y una desmesurada aglomeración de trabajadores. Añádase a todo esto la descomposición de la sociedad y especialmente de la familia, en sujetos particulares y separados del trabajo y del consumo, el creciente peligro de un seguro de la vida basado sobre las rentas de la propiedad en todas sus formas, tan expuesto a la desvalorización de la moneda, y el riesgo de fundamentar únicamente dicha seguridad en la ganancia variable del trabajo.

23. Quien en nuestra época industrial acusa con derecho al comunismo de haber privado de la libertad a los pueblos por él dominados, no debería dejar de notar que también en la otra parte del mundo, bien dudosa será la posesión de la libertad, si la seguridad del hombre no se hace derivar de estructuras que correspondan enteramente a su verdadera naturaleza.

24. La creencia errónea que cifra la salvación en el proceso cada vez mayor de la producción social, es una superstición, quizás la única de nuestra era industrial, imbuída de racionalismo, pero también de más peligros, pues parece considerarse como imposibles las crisis económicas, que entrañan siempre el riesgo de volver a la dictadura.

25. Por lo demás, esta superstición no es apta ni siquiera para levantar un sólido baluarte contra el comunismo, puesto que de ella participan tanto la parte comunista como no pocos de la parte no comunista. Ambas partes coinciden en esta creencia errónea, estableciéndose con esto un tácito entendimiento, capaz de inducir a los aparentemente realistas del Occidente, a soñar con la posibilidad de una verdadera coexistencia.

El pensamiento de la Iglesia sobre el comunismo.

26. En el Mensaje de Navidad del año pasado expusimos el pensamiento de la Iglesia acerca de este punto, y ahora tenemos intención de confirmarlo una vez más. Rechazamos el comunismo como sistema social en virtud de la doctrina cristiana, y debemos afirmar en particular los fundamentos del derecho natural. Por la misma razón rechazamos asimismo la opinión de que el cristiano deba hoy considerar el comunismo como un fenómeno o una etapa en el curso de la historia, como si fuese un necesario «momento» evolutivo de ella, y que por tanto haya que aceptarlo como decreto de la Providencia Divina.

¹⁹ *Matth.* 6, 11.

Amonestación a los cristianos en la presente era industrial.

27. Pero al mismo tiempo, de nuevo y con el mismo espíritu de Nuestros Predecesores en el supremo oficio pastoral y de magisterio, amonestamos a los cristianos de la era industrial a no contentarse con un anticomunismo fundado en el lema y en la defensa de una libertad vacía de contenido; y los exhortamos a que edifiquen más bien una sociedad en la cual la seguridad del hombre repose sobre el orden moral, cuya necesidad y repercusiones hemos expuesto muchas veces, y que refleja la verdadera naturaleza humana.

28. Ahora bien, los cristianos, a los que más particularmente Nos dirigimos, deberían saber mejor que los demás que el Hijo de Dios hecho hombre es el único y sólido sostén de la humanidad, aun en la vida social e histórica, y que, al tomar la naturaleza humana, ha confirmado la dignidad de ésta como fundamento y norma de dicho orden moral. Es, pues, su principal oficio lograr que la sociedad moderna vuelva a estructurarse sobre los principios consagrados por el Verbo de Dios hecho carne. Si los cristianos descuidasen este oficio suyo, dejando inactiva, en cuanto de ellos depende, la fuerza ordenadora de la fe en la vida pública, cometerían una traición contra el Hombre-Dios, que apareció visible para nosotros en la cuna de Belén. Y valga esto para atestiguar la seriedad

y el motivo profundo de la acción cristiana en el mundo, y juntamente para disipar cualquier sospecha de pretendidas miras de prepotencia terrena de parte de la Iglesia.

29. Así pues, si los cristianos se unen con tal finalidad en diversas asociaciones y organizaciones, no tienen otra intención que la de prestar un servicio querido por Dios en beneficio del mundo entero. Por este motivo y no por debilidad, los cristianos se asocian mutuamente. Pero ellos — y sobre todo ellos — permanecen abiertos a toda sana empresa y a todo progreso genuino, y no se encastillan en un recinto cerrado, como para librarse del mundo. Al consagrarse a promover el bienestar común, no desprecian a los demás, quienes, por su parte, si son dóciles a la luz de la razón, podrían y deberían aceptar de la doctrina cristiana al menos lo que se funda sobre el derecho natural.

30. Guardaos de los que desprecian el servicio que los cristianos prestan al mundo, y le oponen el llamado cristianismo «puro» y «espiritual». Estos ciertamente no han comprendido esta divina institución, comenzando por su fundamento: Cristo verdadero Dios, pero también verdadero hombre. El Apóstol San Pablo nos da a entender la voluntad integral y plena del Hombre-Dios, que mira a ordenar también este mundo terreno, al tributarle a honor suyo dos títulos elocuentes: el de «mediador» y el de «hombre»¹¹. Hombre, sí, como lo es cada uno de sus redimidos.

ley de la limitación es propia de la vida en la tierra, y de su imperio no se sustrajo ni el mismo Jesucristo, en cuanto Hombre, cuya acción tenía límites fijados por los inescrutables planes de Dios y conforme a la misteriosa operación conjunta de la gracia divina y de la libertad humana. Sin embargo, mientras Cristo-Hombre, limitado en su vida terrena, nos conforta y confirma en nuestra limitación, Cristo-Dios nos infunde un aliento superior, porque tiene la plenitud de la sabiduría y del poder.

33. Sobre el fundamento de esta realidad, el cristiano que se dispone animoso y con todos los medios naturales y sobrenaturales a edificar un mundo según el orden natural y sobrenatural querido por Dios, elevará constantemente la mirada a Cristo y contendrá su acción dentro de los confines determinados por Dios. Desconocer esto sería querer un mundo contra la disposición divina, y por lo mismo pernicioso para la misma vida social.

34. Acabamos de indicar las dañosas consecuencias que se derivan de la errónea sobrestimación del poder humano y del desprecio de la realidad objetiva, que con un complejo de principios y de normas—religiosas, morales, económicas, sociales—establece límites y muestra la justa dirección de las acciones humanas. Ahora los mismos errores con semejantes consecuencias se repiten en el campo del trabajo humano y más en particular de la actuación y producción en la economía.

35. A vista del sorprendente desarrollo de la técnica y más frecuentemente aún en virtud de sugerencias recibidas, el trabajador se siente dueño y señor absoluto de su existencia, capaz sin más de obtener todos los fines, y de realizar todos los sueños. Encerrando en la naturaleza tangible toda la realidad, él vislumbra en la vitalidad de la producción el camino para hacerse hombre cada vez más perfecto. La sociedad productora, que se presenta al trabajador permanentemente como la realidad viva y única y como el poder que sostiene a todos, da la medida a toda su vida; ella es consiguientemente su único firme apoyo para el presente y para el porvenir. En ella vive él, en ella se mueve, en ella está; ella acaba por ser para él un sucedáneo de la religión. De este modo — se piensa — brotará ese nuevo tipo de hombre, al que el trabajo ciñe con la aureola del más alto valor ético y la sociedad trabajadora venera con una especie de fervor religioso.

III

LA VIDA HUMANA NECESARIAMENTE HA DE COMPLETARSE Y FUNDARSE EN CRISTO

31. Jesucristo no sólo es el firme sostén de la humanidad en la vida social e histórica, sino también en la de cada cristiano, de modo que como «todas las cosas fueron hechas por medio de Él y ninguna sin Él»¹², así ninguno podrá jamás llevar a cabo obras dignas de la sabiduría y de la gloria divina sin Él. El concepto de que toda vida humana necesariamente ha de completarse y fundarse en Cristo fué inculcado a los fieles desde los albores de la Iglesia: por el Apóstol Pedro, cuando en el pórtico del templo de Jerusalén proclamó a Cristo «tón archegòn tēs zoēs»¹³, o sea, «autor de la vida», y por el Apóstol de las Gentes, que indicaba con frecuencia, cuál debe ser el fundamento de la nueva vida recibido en el bautismo: Vosotros

— escribía él — fundad vuestra existencia no en la carne, sino en el espíritu, si de veras el espíritu de Dios habita en vosotros. Porque si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no pertenece a Dios¹⁴. Todo redimido por consiguiente, como «renace» en Cristo, así se encuentra gracias a Él «seguro en la fe»¹⁵.

Límites del poder humano.

32. ¿Cómo podría, por lo demás, el individuo, aun no cristiano, abandonado a sí mismo, creer racionalmente en su propia autonomía, perfección y firmeza, si la realidad le presenta por todas partes límites, con los cuales la naturaleza le cerca, y que podrán sí ser ensanchados, pero nunca del todo derribados? La

11. *I Tim.* 2, 5.
12. *Io.* 1, 3.
13. *Act.* 3, 15.

14. *cfr. Rom.* 8, 9.
15. *cfr. Io.* 3, 3; *I Petr.* 1, 5.

Alto valor moral del trabajo.

36. Ahora se pregunta si la fuerza creadora del trabajo constituye de veras el firme sostén del hombre independientemente de otros valores no puramente técnicos y si consiguientemente merece ser como divinizada por los hombres modernos. No, ciertamente; como tampoco ningún otro poder o actividad de naturaleza económica. Aun en la época de la técnica la persona humana, creada por Dios y redimida por Cristo, sigue elevada en su ser y en su dignidad, y por lo mismo su fuerza creadora y su obra tienen una consistencia muy superior. Así consolidado, aun el trabajo humano es un elevado valor moral, y la humanidad trabajadora una sociedad, que no sólo produce objetos, sino que glorifica a Dios. El hombre puede considerar su trabajo como un verdadero instrumento de su propia santificación, porque trabajando perfecciona en sí la imagen de Dios, cumple el deber y el derecho de procurar para sí y para los suyos la necesaria sustentación y se hace elemento útil a la sociedad. La actuación de este orden le procurará la seguridad y al mismo tiempo la «paz en la tierra» anunciada por los ángeles.

La cuestión de la paz.

37. Y sin embargo, precisamente a él, hombre religioso y cristiano, le echan en cara algunos que es un obstáculo para la paz, que va en contra de la convivencia pacífica de los hombres, de los pueblos, y de los diversos sistemas, porque no esconde silenciosamente en lo íntimo de la conciencia sus convicciones religiosas, sino que las hace valer aun en organizaciones tradicionales y poderosas y en todas las actividades de la vida privada y pública. Afirman que semejante cristianismo hace al hombre dominante, parcial, excesivamente seguro y pagado de sí; que lo induce a defender posiciones, que ya carecen de sentido, en vez de mostrarse abierto a todo y a todos y de confiar en que en una general coexistencia la fe viva e íntima como «espíritu y amor» a lo menos en la cruz y el sacrificio, aportaría a la causa común una valiosa contribución. En este erróneo concepto de la religión y del cristianismo ¿no nos hallamos por ventura de nuevo frente al falso culto del sujeto humano y de su concreta vitalidad transportado a la vida sobrenatural? El hombre frente a opiniones y sistemas opuestos a la verdadera religión sigue siempre sujeto a los límites establecidos por Dios en el or-

den natural y sobrenatural. En atención a este principio. Nuestro programa de paz no puede aprobar una coexistencia general con todos y a cualquier precio — ciertamente nunca a costa de la verdad y de la justicia. Aquellos límites irremovibles exigen realmente pleno respeto. Donde éste existe, aun hoy en la cuestión de la paz, la religión se halla protegida de modo seguro contra el abuso por parte de la política, en cambio, donde el respeto ha quedado reducido a la vida puramente interna, la misma religión queda más expuesta a dicho peligro.

Las armas nucleares y la inspección de los armamentos.

38. Este pensamiento Nos lleva espontáneamente a la cuestión siempre candente que causa la incesante ansia de Nuestro corazón y que envuelve un problema parcial del cual haremos en este momento una especial consideración. Nos referimos a la reciente proposición encaminada a suspender mediante acuerdos internacionales los experimentos de las armas nucleares. Se ha hablado también de llegar ulteriormente a Convenios, en virtud de los cuales, se renunciaría al uso de tales armas y se someterían todos los Estados a una inspección efectiva de los armamentos. Se trataría, pues, de tres medidas: renuncia a las experiencias con armas nucleares, renuncia al empleo de tales armas, inspección general de los armamentos.

39. La suma importancia de estas proposiciones aparece con trágica luz, si considera uno lo que la ciencia cree poder decir sobre acontecimientos tan graves y que estimamos útil recordarlos aquí brevemente.

40. En cuanto a las *experiencias* de las explosiones atómicas, parece que halla crédito cada vez mayor la opinión de los que están preocupados por los efectos que produciría su multiplicación. Ésta, en efecto, con el andar del tiempo podría producir en la atmósfera una densidad de productos radioactivos, cuya distribución depende de causas que escapan al poder del hombre, y engendrar así condiciones bastante peligrosas para la vida de tantos seres.

41. Acerca del *uso*: en la explosión nuclear se desarrolla en un tiempo extremadamente breve una enorme cantidad de energía, igual a varios miles de millones de kilovatios; la cual está constituida por radiaciones de naturaleza electromagnética de densidad elevadísima, distribuidas dentro de una vasta extensión de longitud de onda hasta los

rayos más penetrantes y por corpúsculos lanzados a velocidades próximas a la de la luz, provenientes de procesos de desintegración nuclear. Esta energía se transmite a la atmósfera, y en el espacio de milésimas de segundo eleva en centenas de grados la temperatura de las masas de aire circunstante, produciendo una violenta expulsión de las mismas que se propaga con la velocidad del sonido. Se producen en la superficie de la tierra, en la extensión de muchos kilómetros cuadrados, procesos de violencia inimaginable, con la volatilización de materiales y destrucciones totales debidas a la irradiación directa, a la temperatura, y a la acción mecánica, mientras una enorme cantidad de materiales radioactivos de vida media diversa completan y continúan la ruina con su actividad.

42. Éste, pues, sería el espectáculo ofrecido a la mirada horrorizada en consecuencia de tal uso: ciudades enteras, aun de las más grandes y ricas en historia y arte, aniquiladas; un negro manto de muerte sobre las materias pulverizadas cubriendo innumerables víctimas con sus miembros abrasados, retorcidos, dispersos, mientras otros gimen con los espasmos de la agonía. Entre tanto el espectro de la nube radiactiva impide a los sobrevivientes todo socorro caritativo y avanza inexorable para acabar con las vidas restantes. No habrá grito alguno de victoria, sino sólo el llanto inconsolable de la humanidad, que contemplará desoladamente la catástrofe debida a su propia locura.

43. Respecto de la *inspección*: hay quien ha sugerido las inspecciones con aviones debidamente equipados para vigilar sobre grandes territorios en lo tocante a las explosiones atómicas. Otros podrían acaso pensar en la posibilidad de una red mundial de centros de observación, mantenidos por especialistas de diversas Naciones y garantizados por solemnes compromisos internacionales. Tales centros deberían estar provistos de instrumentos delicados y precisos de observación meteorológica, sísmica, de análisis químicos, de espectrografías de masa, y otros semejantes, y harían posible la inspección efectiva sobre muchas, por desgracia no sobre todas las actividades que habrían sido precedentemente prohibidas en el campo de la experimentación por medio de explosiones atómicas.

44. Nós no dudamos en afirmar, aun en el sentido de Nuestras anteriores Alocuciones, que el conjunto de esas tres medidas, como objeto de un acuerdo internacional, es un

deber de conciencia de los pueblos y de sus gobernantes. Hemos dicho: el conjunto de esas medidas, porque el motivo de su obligación moral es también la constitución de una seguridad igual para todos los pueblos. Si en cambio se llegase a la ejecución del primer punto solamente, se tendría un estado de cosas que no realizaría aquella condición, tanto más que se daría suficiente razón para dudar de que se quiere realmente llegar a la conclusión de los otros dos Convenios. Nós hablamos tan claramente, porque el peligro de proposiciones insuficientes en la cuestión de la paz depende en gran parte de la mutua sospecha que turba con frecuencia las relaciones de las Potencias interesadas, acusándose recíprocamente, aunque en diverso grado, de pura táctica, más aún, de falta de lealtad en una causa fundamental para la suerte de todo el género humano.

La pacificación preventiva.

45. Por lo demás, los esfuerzos por la paz deben consistir no sólo en medidas que tienden a restringir la posibilidad de hacer la guerra, sino también en prevenir o eliminar o mitigar a tiempo las contiendas entre los pueblos que pudieran provocarla.

46. A esta especie de pacificación preventiva es necesario que se dediquen con ojo avizor los hombres de Estado, penetrados del espíritu de una justicia imparcial y hasta de generosidad, dentro, claro está, de un sano realismo. En el Mensaje Natalicio del año pasado aludíamos ya a focos de disensiones que se advierten en las relaciones entre algunos pueblos europeos y otros extraeuropeos, que aspiran a la plena independencia política. ¿Acaso se puede dejar que tales contiendas sigan, por decirlo así, su curso, que fácilmente llevaría a agravarlas, abriendo surcos de odio en los ánimos y creando las llamadas enemistades tradicionales? ¿No se presentaría entonces un tercero a sacar provecho de ello, un tercero que en fin de cuentas ninguno de los dos grupos lo quiere, ni

le puede querer? De todos modos no se debe negar u obstaculizar a esos pueblos una justa y progresiva libertad política. Con todo, ellos reconocerán que a Europa deben su progreso, a Europa, sin cuyo influjo, y por cierto en todos los campos, podrían ser arrastrados por un ciego nacionalismo a precipitarse en el caos y en la esclavitud.

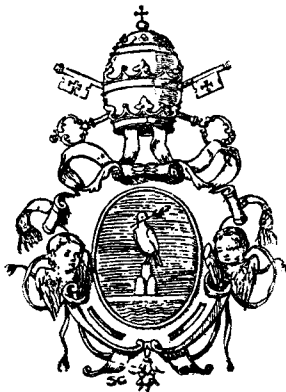
47. Por otra parte, los pueblos del Occidente, especialmente de Europa, en el conjunto de los problemas indicados, no deberían permanecer pasivos lamentando inútilmente el pasado, o acusándose mutuamente de colonialismo. Deberían más bien darse a una labor constructiva, para extender, a donde aún no hayan llegado aquellos genuinos valores de la Europa y del Occidente, que tan buenos frutos han dado en otros continentes. Cuanto más tiendan a eso sólo, tanto más contribuirán a las justas libertades de los pueblos jóvenes, y éstos quedarán mejor preservados del falso nacionalismo. Este es en realidad su verdadero enemigo, que les excitaría un día a los unos contra los otros, con provecho de terceros. Esta previsión no infundada no deberían descuidarla ni olvidar la los que tratan sus problemas en Congresos, donde por desgracia lo que resalta es una exterior y preventivamente negativa unidad. En tales consideraciones y en tal modo de proceder Nos parece que se cifra una preciosa seguridad de paz, bajo ciertos aspectos, más importante aún que un inmediato impedimento de la guerra.

Conclusión.

48. ¡Amados hijos! Si también hoy el Nacimiento de Cristo irradiaba en el mundo esplendores de alegría y suscita en los corazones profundas emociones es porque en la humilde cuna del Hijo de Dios Encarnado están encerradas las inmensas esperanzas de las generaciones humanas. En Él, con Él, y por Él la salvación, la seguridad, el destino temporal y eterno de la humanidad. A todos y a cada uno está abierto el camino

para acercarse a aquella cuna para obtener de las enseñanzas, de los ejemplos, de la liberalidad del Hombre-Dios su parte de gracias y de bienes necesarios para la vida presente y futura. Donde no se haga esto por indolencia propia o por obstáculos ajenos, sería vano buscarla en otra parte, porque por todas partes pesa la noche del error y del egoísmo, del vacío y de la culpa, de la desilusión y de la incertidumbre. Las experiencias fallidas de pueblos, de sistemas, de individuos en particular, que no han querido buscar en Cristo el camino, la verdad, la vida, las deberían considerar y meditar seriamente cuantos creen poder hacerlo todo por sí solos. La humanidad de hoy culta, poderosa, dinámica, tiene acaso mayores títulos a una felicidad terrena en la seguridad y en la paz; pero no logrará convertirla en realidad, sino cuando en sus cálculos, en sus planes y en sus discusiones haya incluido el factor más alto y resolutivo: Dios y su Cristo. Vuelva a los hombres el Dios-Hombre, Rey reconocido y obedecido, como espiritualmente vuelve todas las Navidades a recostarse en la cuna para ofrecerse a todos. He ahí el augurio que Nós expresamos hoy a la gran familia humana, seguros de indicarle el camino de la salvación y de la felicidad.

49. Dígnese el Divino Niño acoger Nuestra ferviente oración, a fin de que su presencia sea sentida casi visiblemente en el mundo de hoy, como lo fué en los días de su vida terrena. Vivo en medio de los hombres, ilumine las mentes y corrobore las voluntades de aquellos que rigen los pueblos, a éstos asegure la justicia y la paz, anime a los intrépidos apóstoles de su eterno mensaje, sostenga a los buenos, atraiga a Sí a los extraviados, consuele a los que sufren persecuciones por su Nombre y por su Iglesia, socorra a los pobres y a los oprimidos, alivie las penas a los enfermos, a los prisioneros, a los prófugos, conceda a todos una centella de su divino amor, para que triunfe en todos los ámbitos de la tierra su pacífico reino. Así sea.



EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA

Al reanudar, con motivo del actual Año Ignaciano, la serie de artículos que el Rvdo. P. Ramón Orlandis S. I., comenzó a escribir en el Año Santo de 1950 sobre este tema, nos ha parecido indispensable, para orientación y fruto del lector (aun del que ya los hubiese podido leer entonces), reproducir casi en su integridad dos artículos de la serie, que son obligados antecedentes para reanudar el hilo en el punto en que se continuará; y sin cuyo conocimiento, difícilmente el lector podría situarse en la línea de los artículos que sigan.

LA CRUZADA DEL REY TEMPORAL

Para ir desarrollando el tema que nos hemos propuesto, nos será necesario ir variando con alguna frecuencia el punto de vista. Unas veces será preferible situarnos algo lejos de Iñigo, vivir en cuanto podamos en el ambiente que en él hubo de influir, y conjeturar o adivinar o descubrir, a ser posible en el mismo Iñigo, el influjo efectivo recibido o, por lo menos, algunos indicios que nos orienten. Otras veces podrán hallarse datos en la persona misma de Iñigo o en su vida o en sus obras que a la luz recibida del conocimiento del ambiente serán suficientes para causar convicción definitiva.

Tal es, a nuestro parecer, el dato que nos proponemos hoy estudiar, trastocando el plan que nos habíamos propuesto. Es él de la mayor autenticidad, como nos lo ofrece nada menos que el libro de los Ejercicios, y no en alguno de sus rincones, sino en uno de sus lugares más céntricos y de más relieve. No es él sino el Ejercicio del Reino de Cristo, que en el libro y en la plática de los Ejercicios está situado en el umbral de aquel período de tiempo o, mejor, de actuación, a que San Ignacio da el nombre de Segunda Semana.

Es más que probable que algún lector de CRISTIANIDAD no sepa de qué se habla cuando usamos estos términos, entre nosotros tan vulgares, que a algunos ha de parecer raro que no los entienda todo el mundo. No participamos de tu extrañeza, lector que no entiendes el significado de tales tecnicismos. Si conservas la paciencia benévola de continuar la lectura, no quedarás decepcionado; tendremos en cuenta tu muy explicable dificultad.

El ejercicio del Reino de Cristo, que muchos suelen denominar el ejercicio del Rey temporal, está concebido y estructurado en la forma siguiente: una brevísima introducción análoga a la de todos los ejercicios en los cuales se proponen materia para la meditación o contemplación, naturalmente acomodada al caso presente; y a continuación, dos partes en que se divide el ejercicio; la primera es una verdadera parábola, que es preparación o introducción a la segunda; a continuación, la segunda, en la que reside lo propio y capital del ejercicio. De momento, tiene para nosotros sumo interés la primera parte, la parábola del Rey temporal. Por esta razón, para mayor facilidad del lector, copiamos a continuación esta primera parte, haciéndola preceder de la breve introducción, tal como se nos presenta en el libro de San Ignacio:

EL LLAMAMIENTO DEL REY TEMPORAL AYUDA A CONTEMPLAR LA VIDA DEL REY ETERNAL

Oración. — La oración preparatoria sea la sólita.

Primer preámbulo. — El primer preámbulo es composición viendo el lugar... Será aquí ver con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos por donde Cristo nuestro Señor predicaba.

Segundo preámbulo. — El segundo es demandar la gracia que quiero. Será aquí pedir gracia a nuestro Señor para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad.

PRIMERA PARTE: LA PARÁBOLA

Primer punto. — El primer punto es poner delante de mí un rey humano elegido de mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos.

Segundo punto. — El segundo es mirar cómo éste habla a los suyos, diciendo: "Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber, vestir, etc.; asimismo de trabajar como yo, en el día, y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos."

Tercer punto. — El tercero, considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano, y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.

Aquí tienes ante tus ojos el ejemplo o parábola del Rey temporal, de la cual afirma San Ignacio que ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal, la vida de Jesucristo, a que se habrá de dedicar el ejercitante, con intención y atención absorbente, a lo largo de los días que aún le quedan de ejercicios.

Desde luego, se echa de ver que a juicio del Santo esta parábola no es algo baladí. Muy solícito anda el Santo en preparar y disponer al ejercitante, a fin de que en la contemplación y en la oración se establezca entre el alma y Jesucristo aquel contacto, aquella intimidad que conduce tan directamente a la imitación del modelo divino, a la abnegación de sí mismo y a la verdadera santidad. Esto hace pensar que él, o por convicción racional o por propia experiencia, y tal vez por luz venida del cielo, veía en aquella parábola una singular conducencia para que el ejercitante entrara más pertrechado e iluminado en aquella nueva etapa de los ejercicios. ¿Qué fuerza o virtud veía el autor de los Ejercicios en esta parábola? Antes de pasar adelante vamos a examinar con alguna mayor atención su contenido y su significación y tendencia.

¿Qué es lo que en la parábola clara y abiertamente se contiene? Parécenos indiscutible que la proclamación de una Cruzada, y no de una cruzada efímera o parcial, sino total y definitiva: la movilización total de la Cristiandad para la conquista de toda la tierra de infieles, con esperanza segura de victoria. ¿Te das cuenta, lector amigo, de la trascendencia de la empresa? Su victorioso resultado habría de ser nada menos que la extensión del Reino de Cristo a todo el mundo, la unidad de todas las naciones en la fe y en la sumisión a la Iglesia.

Hemos, desde luego, de confesar que esta parábola, por cuanto está concebida por el autor de los Ejercicios e insertada en ellos y precisamente en este lugar, es la base más sólida donde cimentar la tesis que intentamos demostrar en estos artículos. Es, en efecto, un dato positivo sin el cual todo quedaría en conjeturas más o menos probables, pero este dato, para ejercer en la inteligencia toda

la influencia de convicción que en sí encierra, pide, a nuestro parecer, ser aclarado y reformado por otros datos extrínsecos, como son los que en los artículos precedentes hemos apuntado, más que hecho valer.

Análisis de la Parábola

Siendo esto así, ante todo será necesario que nos tengamos en el análisis expositivo y declarativo de la parábola tanto como nos parezca necesario y suficiente, desde luego algo más de lo que suelen los comentaristas del libro de los Ejercicios.

En términos sencillos y pregnantes, y que bajo su apariencia sencilla encierran, como en él es ordinario, un sentido sobre toda ponderación profundo y amplio, nos ofrece San Ignacio la idea de la Cruzada —humanamente irrealizable— que en su mente ha concebido. Ante nosotros propone las personas que en ella habrían de intervenir; la empresa que se propondrían; el ideal que les movería; las esperanzas que les alentarían.

Antes de comenzar el análisis, creemos casi necesario insinuar una advertencia. No se nos oculta que aun entre las personas que aman y aprecian los Ejercicios de San Ignacio, las hay que dan poca importancia a esta parábola; que tal vez la miran como algo accidental y extemporáneo. Parécenos que están en un error; pero no es éste el momento de hacerlo ver.

Benévolo lector, sea cual fuere tu opinión, si es que la tienes formada, no llesves a mal, modestamente te lo rogamos, que te propongamos quieras, de momento, dejar a un lado prejuicios tal vez infundados y repulsiones hijas tal vez de un vago sentimentalismo.

Entremos ya en el análisis propuesto. Para que éste sea suficiente, será preciso definir y declarar estos puntos: 1) Quién es el que llama a la guerra; 2) a quiénes llama; 3) a qué llama; 4) con qué condiciones; 5) con qué esperanzas.

1) *¿Quién es el que llama?* — Es un puro hombre; pero, ¡qué hombre! En poquísimas palabras nos lo presenta el autor de los Ejercicios como un hombre extraordinario, tan extraordinario, que en todo el curso de los siglos no nos ofrece la Historia persona que ni de lejos se le aproxime; ctiéndase, en su misión y en sus dotes de gobernante en el orden político, civil y social.

Es un personaje de tanta autoridad y dignidad, que le obedecen, le prestan vasallaje todos los *Príncipes cristianos*, es decir, todos los soberanos de las naciones cristianas, de la Cristiandad. Hay más todavía; no tan sólo le obedecen todos los soberanos, sino también todos los hombres cristianos, todas las personas particulares, aun los súbditos de los demás príncipes. Es tanta su autoridad y tanta su prudencia, que, lejos de abusar de su poder y descontentar o poner celos y envidia a los príncipes, todos se ven obligados a reconocer el bien que a todos, súbditos y gobernantes, hace su influjo paternal.

Es más que evidente que un tal acatamiento de autoridad, una tal universal obediencia, no puede ser efecto de violencia ni poder militar. Un tal milagro se ha de fundar necesariamente en otro milagro: *todos le hacen reverencia y le obedecen*. La raíz de una obediencia tan maravillosa es la *reverencia que le hacen*; el profundo respeto que a todos infunde; el reconocimiento universal de su indiscutible superioridad. Es tal la excelsitud de sus dotes de gobernante, y tales sus virtudes y cualidades personales, tan reconocida por todos su justicia y su prudencia, tal su *humanidad y liberalidad*, es decir, su afabilidad y benignidad, tal su generosidad y la nobleza de su corazón sin sombra de egoísmo ni de codicia, que a todos se imponen y a todos ganan el corazón.

Todos sin excepción, reconociendo su inmensa e indiscutible superioridad, los beneficios sin tasa de su gobier-

no y de su influencia, la sabiduría de sus consejos y disposiciones, se acogen a él como a centro de unidad, de concordia y de paz.

Mas, de dónde ha venido al mundo tal prodigio? Todo ello, ¿quién lo pondrá en duda?, es obra prodigiosa del poder de Dios... *Un Rey humano elegido de la mano de Dios*. Es doctrina común que cuando Dios escoge una persona para realizar un plan trascendental de su providencia, no la confiere esta misión inerme y desprovista de recursos; le dotará de una capacidad personal adecuada al designio divino o suplirá los defectos con los recursos transitorios de su infinito poder. Por esto, para hacernos cargo de las cualidades y perfecciones que San Ignacio atribuye a su Rey temporal, es preciso computarlas en función de la misión para la cual el Señor le ha escogido, según la suposición del Santo.

2) *¿A quién llama? A todos los suyos*. Quiénes sean los *suyos*, los del Rey, no es dudoso por lo dicho en el párrafo anterior: *todos los Príncipes y hombres cristianos*, que por la reverencia que le hacen, se han entregado libremente a su obediencia, de modo que el Rey *habla*, se dirige a todos los jefes de Estado, como ahora diríamos, y a todos los pueblos cristianos.

3) *¿A qué llama?* A emprender y llevar a término la empresa en que el Rey tiene concentrada su atención y su intención. A realizar la misión para la cual ha sido *elegido de mano de Dios nuestro Señor*, para la cual ha sido preparado, dirigido y ayudado por una especialísima providencia de Dios.

Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Tal voluntad no puede ser el sueño utópico de una fantasía temeraria. El Rey temporal tiene garantía segura de verdad de la misión a que Dios le destina en el éxito alcanzado sin fuerza de armas ni mañas tortuosas de diplomacia: la unidad espontánea, bajo su supremacía, de toda la Cristiandad. Dios, que ha hecho por medio del Rey este milagro objeto de tantos deseos y de tantas desesperanzas, le llama ahora, claramente lo siente él, a completar la obra a medio hacer: la unidad del mundo entero en la fe cristiana y en la Iglesia de Jesucristo.

Al pretender la conquista de toda la tierra de infieles no le mueve ambición ni voluntad de poder, sino celo y caridad. Caridad para con los cristianos cautivos, caridad para los que viven sujetos bajo el yugo injusto y tiránico de los infieles; caridad para los desgraciados infieles a los cuales sus tiránicos señores hacen gemir bajo la coyunda intolerable del despotismo y son injustamente por ellos impedidos para que no puedan abrazar la fe cristiana.

La conquista, no hay remedio, se ha de hacer mediante una guerra. Esta guerra será justa, no comete injusticias un Rey como el de San Ignacio. Esta guerra será humana, cuanto puede serlo la guerra, el terrible azote de la guerra. ¿Cómo un Rey tan humano no lo humanizará, en cuanto pueda? Esta guerra será santa, porque siendo en sí misma justa será santificada por la intención religiosa que a ella mueve y por la bendición de la Iglesia, que no puede menos de bendecir aquello que con tantas veras ha pedido a los Príncipes cristianos y que con tanta fuerza de autoridad ha intimidado.

Para decirlo de una vez, esta guerra será una Cruzada, una Cruzada sin precedentes por el régimen que la guiará, por la unidad que la fortalecerá, por la totalidad que la hará invencible, por el espíritu que la sobrenaturalizará.

4) *¿Con qué condiciones?* El llamamiento lo hace el Rey, ante todo, bajo la condición de la libertad. No quiere gente forzada. Tanto en los que tiene derecho estricto a mandar como a los otros, si los hay, que al prestarle homenaje le han puesto condiciones o cortapisas; en nadie quiere alistamiento forzado.

Lo santo y religioso de la Cruzada; lo grandioso y humanitario de la empresa; la fidelidad a Rey tan justamente apreciado y querido; el valor y el pundonor militar, todos estos estímulos nobles han de ser suficientes para la determinación a que se le invita. El Rey humano y prudente, conocedor del corazón humano, deja entrever y aun promete a los suyos un premio, una participación en los bienes justamente alcanzados con la victoria. En la victoria, porque ¡ay de quien se lucrara con injustas depredaciones durante la guerra!

5) *¿Con qué esperanzas?* Con la segura esperanza de la victoria, fundada en la fuerza del ejército, en la unidad de mando, en el plan sabio que el Rey ha concebido, en el orden maravilloso que en todo pone. En lo humano y natural nada ha dejado aquel Rey humano sin proveer.

Pero la absoluta esperanza de la victoria estriba únicamente en la bendición de Dios, que no puede contradecirse, y en la cruzada de oración y penitencia que acompañará en toda la Cristiandad a la cruzada de las armas.

EMPALME

“No os llaméis maestros; uno solo es vuestro Maestro, Cristo.” Esto dijo de Sí mismo Jesucristo, y en ello no había ni la más leve sombra de arrogancia. Él era la Verdad y había venido a este mundo a dar testimonio de la verdad. Y era esto tan manifiesto, que cuando Él hablaba las turbas se maravillaban de su enseñanza y decían: “Jamás hombre alguno ha hablado como Éste”, porque enseñaba como quien tiene autoridad. Jesucristo enseñó al mundo su doctrina religioso-moral, que era complemento de la doctrina revelada en el Antiguo Testamento, y que, llevada a su última perfección por la comunicación directa del Espíritu Santo a los Apóstoles, había de constituir el tesoro de verdad confiado a la custodia vigilante y a la interpretación infalible de la Iglesia, hasta la consumación de los siglos.

El mundo cristiano admitió la verdad indiscutible de este cuerpo de doctrina, reconociendo la obligación de adaptar a esta verdad su inteligencia y su conducta. El género humano hace veinte siglos que está experimentando que su bien verdadero está en esta sujeción y adaptación de su inteligencia y de su conducta a esta enseñanza bajada del cielo: y ahora que ha ensayado la insensata tentativa de emanciparse de ella, vive en angustias de agonía. Su único remedio es volver a sujetar y adaptar su inteligencia y su conducta a la doctrina que le dió vida. Es necesario que el mundo penitente vuelva a tomar sobre sí el yugo de la doctrina de Cristo, que es yugo suave porque es el de la verdad.

Pero, ¿cómo persuadir al mundo a este necesario viraje?

Sería craso error e insensatez poner esperanza en la fuerza material. Ni la Iglesia cuenta con ella ni es el camino de Dios.

Sólo resta la persuasión, y para persuadir al mundo de que quiera volver a Cristo parece que se ofrecen dos caminos: el de la convicción y el de la fe; o convencer al mundo de la bondad intrínseca de la doctrina de Cristo, o el de reconocer a Cristo como redentor y salvador, como el único maestro y, rindiéndole homenaje, admitir sin discusión ni mutilación su doctrina y su verdad. Este segundo fué la sapientísima táctica del Maestro de los maestros al predicar su Evangelio y la seguida por los Apóstoles y por la Iglesia docente: el homenaje rendido a la soberanía doctrinal de la Verdad divina, el camino de la fe.

Por la Persona del Maestro, a la aceptación de la doctrina; por la persona del Rey, a la aceptación de su ley.

El acatamiento, el homenaje, el respeto a la Persona

del Maestro, es actitud necesaria al mundo que debe salvarse.

Pero el mundo debe, necesita ir más allá: *Así amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo unigénito.* Jesucristo es don de Dios, don hecho al mundo por Dios enamorado del mundo, y este don de Dios, que es Jesucristo, es Persona, y, por ende, capaz de amar y de ser amado. Y Jesucristo amó al mundo hasta morir por él para atraerle a Sí por el amor y para que, enamorado de Cristo, admitiera de buen grado la justicia y la salud que Cristo le ofrecía.

Y la Iglesia es esposa enamorada de Cristo. Si bien es verdad que no pocos cristianos católicos viven en tibieza, y aun en pecado mortal, siempre en ella ha habido y hay un núcleo de personas, no tan poco numeroso como a primera vista puede parecer, enamoradas de Cristo; y a éstas, se les comunica Cristo por medio de sus gracias y dones maravillosos.

Esta comunicación con Cristo les hace objeto no pocas veces de burlas; casi siempre de juicios despectivos y presuntuosos de incrédulos y malos cristianos que a sí mismos se llaman sabios.

Una de estas almas privilegiadas fué Iñigo de Loyola, a quien comunicó Dios sus Ejercicios para volver el mundo *al mucho servir a Dios por puro amor.*

Entre ellas hay que contar a las almas sencillas, como Margarita María de Alacoque, a las cuales, para hacerles ver en forma sensible su amor a los hombres, Jesús se lo ha manifestado simbólicamente en su Corazón de carne como en nuevo llamamiento de su amor, para que, aceptado por medio de la devoción a su Corazón el llamamiento de Jesús, se salve el mundo.

Con esto queda puesto en claro el empalme de este artículo con la totalidad del número.

CONCLUSIÓN

San Ignacio pone por título al ejercicio del Reino de Cristo las palabras arriba transcritas: *“El llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal.”* Siendo, como es evidente, el llamamiento del Rey temporal la proclamación de una Cruzada ideal, se ve claramente que el Santo experimenta en sí mismo que el haberse detenido en el fraguarla en su pensamiento y en su imaginación y el sentirla en su corazón, lejos de serle estorbo para subir al conocimiento de Cristo y de su obra y al deseo de imitarle y de servirle y de amarle, le había ayudado positivamente para ello.

Sin duda percibió la relación de analogía que existe entre lo uno y lo otro. Lo primero se desarrolla dentro de la órbita de lo natural, por más que la intervención manifiesta de Dios y la intención última de los que intervienen la hagan rozar con lo sobrenatural; lo segundo es todo en sí mismo sobrenatural.

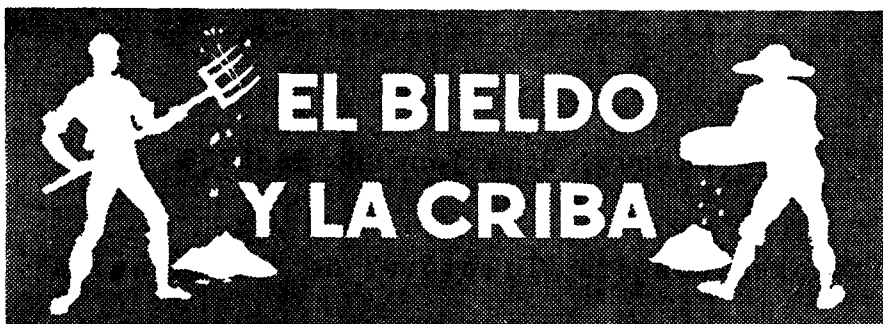
Entre lo natural y lo sobrenatural no se da semejanza estricta, sino aquella manera de relación que los escolásticos sabiamente denominan analogía.

Dado lo que es el hombre y su naturaleza, es camino normal para hacerle subir al conocimiento y sentimiento de lo espiritual el partir de lo material, y para lo sobrenatural el partir de lo natural, apoyándose en la analogía. Y ésta es la táctica de San Ignacio.

Por qué el Santo, entre tantas ideas naturales que sirven de escalón para subir a lo sobrenatural, escoge la de la Cruzada, no tenemos ahora espacio para examinarlo.

Sólo una cosa diremos, por la conexión que la enlaza con la idea de este número: que el autor de los Ejercicios, al proponer la parábola, ofrece en primer lugar al Rey temporal y de él baja a la empresa, de la persona a la obra. Esta será su táctica en adelante, en el curso de los Ejercicios: de Jesucristo a su obra y a su doctrina.

RAMÓN ORLANDIS, S. I.



Por un optimismo cristiano

El día 6 de noviembre de 1955 fué leída en todas las iglesias católicas de Alemania una carta colectiva de sus Obispos, que ofrece un interés universal. En ella destacan dos observaciones: una positiva y otra negativa. La positiva es la notoria influencia y el relevante prestigio que los escritores católicos ocupan actualmente en el mundo contemporáneo de las letras. Contrariamente a lo que sucedió después de la primera guerra, se comprueba con gozo que aquellos escritores ocupan, dicen los Prelados alemanes, cuantitativa y cualitativamente, un puesto de primer orden. La negativa es la constatación de la tendencia literaria pesimista, sombría y anormal, en los temas y obras de hoy, por doquier. Una inclinación, a veces, moralmente morbosa; otras, psicológicamente apesadumbrada. Pero, en todo caso, digna de ser rápidamente superada y vencida, en sí mismos y en el ambiente, por estos mismos escritores católicos que forman esta vanguardia a que el episcopado germano alude en su comunicación conjunta a sus fieles.

Los Prelados alemanes señalan la peligrosidad de temas como el pecado, el suicidio, la crítica acerba de determinados estamentos sociales, las formas que podríamos llamar patológicas del matrimonio e incluso ciertas traslaciones imprudentes del sacerdote como protagonista de novelas. Los casos de Graham Greene y de Georges Bernanos resultan, en este último aspecto, profundamente significativos. Su examen y análisis podría dar lugar a largas disquisiciones, a reflexiones aleccionadoras y aún a ensayos considerables.

Pero es que esa tendencia, vital y moralmente negativa, invade, de vez en cuando, como una oleada cenicienta o negra, la literatura no sólo de los países que han sufrido experiencias políticas amargas, sino incluso la de aquellos que viven en la prosperidad material o en la paz de una libre confesión religiosa católica, como el nuestro. Y no es que esta preferencia morbosa constituya una forma de solidaridad, por otra parte monstruosa e

inaceptable, para con aquellos otros países donde el pesimismo resulta, si no excusable, por lo menos explicable. No. El fenómeno, el problema, es de puro contagio intelectual. Es un mal y no un bien. Diremos más: es una directa manifestación del Mal, invadiendo a servidores del Bien; que tales deben ser calificados los escritores católicos del mundo entero.

Lo que no podemos admitir es que escritores que no admitirían que se les negara el título de confesionales, proclamen que predicán, que crean, que exponen, que cantan incluso, nihilismos de signo positivo; desesperaciones introspectivas sin consuelo; amarguras humanas sin redención divina. Una cosa es el realismo dramático, hasta trágico, de la vida, y el trasladar sus enormes y aun terribles problemas a las páginas de la literatura,

La Cruzada por un Mundo Mejor

Las cosas pequeñas

También los detalles cuentan para una empresa tan trascendental como quiere ser la Cruzada por un Mundo Mejor. En el orden cronológico pueden merecer, incluso, una primacía que no les es debida, claro, en una justa jerarquización de valores que arranque de una verdad tan elemental como es la defensa misma de la Iglesia, la extensión del Reino de Cristo a que, en definitiva, apunta dicha Cruzada.

Porque es tan pésima la situación del mundo de hoy, que si su reconstrucción en cristiano ha de comenzar desde sus cimientos como ha dicho Pío XII, es forzoso, aun mirando a una meta muy lejana y muy ambiciosa, que se atienda también mucho a las cuestiones de procedimiento que, a veces, so pretexto de que urge la enseñanza y la defensa de lo fundamental, se olvidan e incluso desprecian.

Y lo es porque constituye un medio

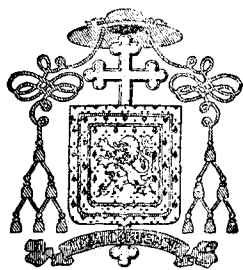
y otra muy distinta el limitarse a presentarlos al lector sin darle, ni siquiera, indiciariamente, solución alguna. El efecto moral del arte sobre el público se convierte entonces en mortal, al confirmarle, sin remedio sensible, en la evidencia de sus propios males; al abismarle, bajo los focos sombríos de la creación literaria, que les da mayor relieve narrativo y psicológico, en la sima de su malestar, de su angustia.

Es mucho más peligroso el existencialismo literario que el filosófico. Éste tiene menos oyentes, menor ambiente, un campo de acción más pequeño y más efectivos y airosos contradictores. Aquél, en cambio, invade todos los terrenos, impregna todos los subsuelos, satura fácilmente las conciencias, llega a todas las almas, se posa propiciamente en todos los corazones. La llamada del episcopado alemán a los escritores católicos de su país, de toda Europa y de todo el mundo, es, pues, enormemente oportuna. Ojalá, como otras veces en materia de estética y de literatura en general, una encuesta de altura entre los escritores católicos contemporáneos permitiera entrar a fondo en la epidemia de ese pesimismo y de su tentación intelectual, para oponer a él, virtuosa, cordial y constructivamente, las sanas fuentes del optimismo cristiano. Porque es de la tristeza del Calvario que nos vino a todos la alegría perdurable de la Redención.

OCTAVIO SALTOR

absolutamente necesario para llegar al fin pretendido. Porque aun el que está sinceramente entregado a un ideal, puede ofrecerle una inconsciente resistencia si se limita a servirlo sólo en el terreno a veces fácil y rectilíneo de los principios, en vez de descender todos los días si fuese necesario a la palestra de una obra concreta, de una actuación oscura y comprometedora, en la que la actitud consecuente sólo es posible al precio de constantes roces, no por pequeños menos molestos, y en la que el ejercicio práctico de la caridad se pone siempre a prueba difícil.

Lo pequeño debe ser lo primero en renovarse. El frecuente fracaso en este primer frente explica nuestra incapacidad para conseguir luego conquistas mayores. Han sido sin duda las pequeñas claudicaciones, nuestra ineptitud para ganarnos al que vive cerca de nosotros, lo que, sumado una y otra vez, ha llegado a ocasionar el



Campos, 3 de janeiro de 1956

Muito prezados srs. Diretores de "Cristiandad"

É sempre com imenso prazer que recebo os numeros de "Cristiandad", graça que devo à gentileza de VV. SS. É um prazer e um conforto, por motivos que os srs. bem avaliam.

Razao porque, neste começo de ano, acho que devo externar-lhes esta minha satisfação, bem como assegurá-los de que os tenho quotidianamente presentes no "Memento" de minha Missa.

Muito especialmente cumpre-me o dever de apresentar meus agradecimentos pela publicação de minha pastoral sobre os problemas de apostolado moderno, na Cristiandad, feita com apurado gosto, o que demonstra o apreço em que têm meu modesto trabalho.

Meus votos de Bons Anos são no sentido de que Nossa Senhora continue a prodigalizar-lhes e ao excelente apostolado que exercem suas melhores bênçãos.

Recomendo-me às orações e envio-lhes cordial bênçãos.

TRADUCCION. - Campos, 3 de enero de 1956 - Muy apreciados sres directores de «Cristiandad» - Es siempre con inmenso placer que recibo los números de «Cristiandad», gracia que debo a la atención de ustedes. Es un placer y un consuelo, por motivos que bien comprenderán. - Razón por la cual, en este comienzo de año, estimo un deber expresarles esta satisfacción mía y asegurarles asimismo que cada día les tengo presente en el «Memento» de la Misa. - Cúmplieme muy especialmente hacerlos presentes a ustedes el agradecimiento por la publicación de mi pastoral sobre los problemas del apostolado moderno, en Cristiandad, hecha con apurado gusto, y que demuestra el aprecio que de mi modesto trabajo tienen. - Mis deseos de Buen Año son en el sentido de que Nuestra Señora continúe prodigándoles a ustedes y al excelente apostolado que ejercen, sus mejores bendiciones. - Me recomiendo a sus oraciones y les envío mi cordial bendición. - Antonio de Castro Mayer. - Obispo de Campos. - (Brasil).

*Antonio de Castro Mayer,
Bispo de Campos.*

fracaso del que hoy somos testigos y víctimas después de haber sido, unos más que otros, verdaderos fautores.

Un primer paso, absolutamente previo, debe ser materia de consideración inmediata, más aún, urgente: cómo en nuestra vida se puede dar la difícil conjunción entre la integridad de doctrina y la aptitud y oportunidad de los procedimientos para proclamar su permanente vigencia, cómo la única manera de conseguir hoy día una penetración del ideal en otros que no lo conocen es darle vida en nosotros mismos. Que no es posible que un contenido excelso pueda mirarse con buenos ojos por una masa apóstata si no se presenta y reside en un continente agradable. Que la intransigencia ideológica, hoy más que nunca obligada, no debe implicar nunca una actitud que, desde fuera al menos, parezca triste o, lo que es peor, despechada.

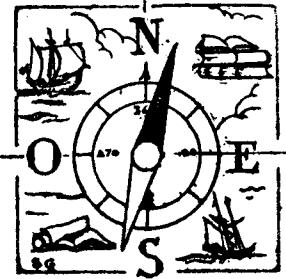
Un ideal amable no puede sino hacer amable al que lo predica con el

ejemplo, aun contando con las naturales resistencias, y si se quiere hostiles oposiciones, de aquellos que lo aborrecen por el solo hecho de que su implantación les compromete o les obliga a un cambio de vida que rechazan. Un celo desviado viene a equivaler a un celo inútil cuando no perjudicial y antiapostólico. Y la desviación en muchas personas sinceramente celosas de la gloria de Dios, puede venir simplemente del desconocimiento de una determinada circunstancia social o psicológica o de su sistemática minusvaloración, obsesionados tan sólo con lo que llaman fundamental, como si la preeminencia de las cosas fundamentales autorizara el práctico desprecio de las que no lo son; como si lo grande fuese posible sin la ayuda de lo pequeño y lo divino pudiera realizarse sin el sustrato de lo meramente humano.

Un entusiasmo por el Movimiento del Mundo Mejor que se cifre en el atractivo incluso humano que tiene

toda empresa renovadora y no en la voluntad determinada de cambiar uno mismo, siquiera un poco, será un entusiasmo exterior, del todo ineficaz. Lo más importante, lo realmente decisivo, es cuenta del mismo Dios, que quiere un mundo renovado y Mejor, y que con su gracia infinitamente poderosa puede conseguir que así sea por encima de todos los cálculos humanos normalmente derrotistas. Lo menos importante, pero también decisivo, es nuestra aportación en cosas pequeñas, en detalles que a lo mejor antes despreciábamos con no demasiada humildad. La batuta que dirige la gran orquesta de un mundo hoy desconcertado está en buenas manos. Lo que debe operar pronto y bien son los instrumentos. Y el trastorno que a veces nace de una serie continuada y simultánea de pequeñas disonancias, puede remediarse con una sencilla labor de ajuste. Que es lo que debiera figurar en la primera parte del programa.

ROBERTO COLL VINENT



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Un plazo de veinte años - Siete mil aviones comunistas en el Extremo Oriente - REUNION EN EL KREMLIN - Mauriac y Pujade - Un primer balance - Elecciones en Francia - Ayuda soviética a Monrovia - Un nuevo Frente Popular en Francia.

Del 26 al 31 de diciembre

UN PLAZO DE VEINTE AÑOS

En su discurso de fin de año, el Jefe del Estado español ha hecho, entre otras afirmaciones, las siguientes:

"Alguien podría decir que veinte años es un plazo suficiente para haber llevado a fin cualquier tarea; pero es preciso poner de relieve que en estos años la mayor parte del tiempo ha transcurrido de tal modo que las circunstancias no hacían sino agravar nuestras necesidades y aumentar, en extensión y profundidad, los problemas que pesaban sobre nosotros. Veinte años críticos, azarosos, de inquietudes fuertes, en que hemos prevaecido con honor, con gloria y con éxito; en que el pueblo dió un ejemplo de sacrificio y disciplina, que hizo que España no se dejara arrebatar su serenidad y su fe en sí misma; segura del desenlace favorable de aquellas batallas, si acertábamos a mantenernos unidos y en orden".

"La experiencia ha venido demostrando a los españoles que no basta que las leyes sean justas si no existe una recta moral que las administre y las aplique, que no es suficiente el cumplimiento estricto y literal de los preceptos legislativos si no existe una conciencia y una voluntad de que se cumpla y si al hombre no le miramos como portador de valores eternos, hecho a imagen y semejanza de Dios."

"Lo único imprescindible para la prosperidad y la grandeza de España, es la unidad entre los españoles y su salud moral y física. Todo lo demás ha de merecer nuestras preferencias por cuanto abone, asegure y acreciente esa unidad y salud. Por eso hemos insistido en que la sucesión del Movimiento Nacional es el propio Movimiento Nacional..."

SIETE MIL AVIONES COMUNISTAS EN EL EXTREMO ORIENTE

La declaración del secretario de Defensa norteamericano, Charles E. Wilson, insistiendo en que la capacidad de los Estados Unidos para lanzar un ataque de represalia contra cualquier agresión "no tiene par en el mundo y que piensa mantenerla", no parece corresponder demasiado con la petición, que anuncia, de un aumento de mil millones de dólares en los gastos militares de 1956.

En realidad, esas afirmaciones optimistas, casi siempre dichas sin base suficiente, hallan a menudo réplicas contundentes por parte de técnicos y de elementos informativos de los propios servicios oficiales.

Casi en el mismo instante en que Wilson trataba de dar seguridades de la potencia "sin par" de Norteamérica, el jefe de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos en el Extremo Oriente, general Lawrence Kuter, manifestaba que "los últimos informes del servicio secreto indican que la construcción en masa de aviones por los rojos, ha dado a los comunistas una ventaja de siete a dos, en aparatos, sobre Norteamérica, en la citada región". El general Kuter

calcula que los comunistas tienen en dicha zona unos siete mil aviones, de los que "la mitad son cazas y bombarderos a reacción". Un tercio del total estaría concentrado en Corea del Norte.

¿Tienen alguna relación esos impresionantes preparativos comunistas con la declaración de Bulganin, ante el Soviet Supremo, de que "es imposible una paz duradera en Asia", mientras no se admita a la China roja en la ONU y no se le reconozcan sus "légítimos derechos" sobre Formosa?

Si fuera así, mal se presenta el nuevo año.

REUNIÓN EN EL KREMLIN

Conviene destacar que ha sido el propio Bulganin quien acaba de indicar, en el discurso antes aludido, que "este año pasará a la Historia como en aquél que empezó claramente a bajar la tensión mundial". Lo que no ha dicho Bulganin, y menos Kruschchev, en la reunión del Soviet Supremo, es si la tensión mundial *continuará bajando en 1956*.

Por el contrario, todas sus palabras parecen indicar que quienes, diabólicamente, atizan sobre la humanidad el espíritu de odio y de destrucción, para llevar adelante sus designios de dominio y de esclavización mundial, tratan de reavivar los antiguos problemas y los viejos y nuevos rencores para desencadenar nuevas luchas fratricidas que podrían degenerar en una nueva hecatombe mundial.

Además de las declaraciones sobre China y Formosa, conviene registrar otras indicadoras afirmaciones contenidas en los discursos, ya citados, de los dos jefes bolcheviques:

1) "Los pueblos de Asia... han comenzado ya a despertar y a enderezarse sobre sus propios pies. *Estos pueblos se inspiran en la revolución rusa y en el nacimiento del comunismo de la China roja.*" (Bulganin).

2) "Goa no debe continuar perteneciendo a Portugal." (Bulganin).

3) "Los imperialistas están detrás de Israel, tratando de utilizar este país contra los árabes para su propio beneficio." (Kruschev.)

4) "La inclusión de una Alemania rearmada en el bloque occidental... incrementaría el peligro de una nueva guerra." (Kruschev.)

5) "El comunismo atrae cada vez mayor cantidad de gentes en todas partes. A Occidente le gustaría ver la disolución del comunismo; pero eso es cosa que no depende de ellos" (Kruschev).

El programa del Kremlin es lo suficientemente concreto para no caer en ilusiones absurdas. Problemas en el Extremo Oriente, problemas en Europa, problema gravísimo en Palestina. En todos ellos, el comunismo soviético trata de sacar buena tajada, pero también en Occidente, contra lo que asegurada el "camarada" Kruschchev, hay muchos que, lejos de desear la desaparición del comunismo, lo apoyan y lo mantienen para mejor servir a sus sectarismos.

Israel podría ser en el año que comienza la piedra de toque que hiciera tropezar al

mundo en una nueva catástrofe. Tal vez Kruschchev y Bulganin rectificasen, entonces, algunas de sus apreciaciones... A no ser que se trate de simple palabrería para encubrir intenciones más ocultas que se dibujan con tonalidad expresiva en un mundo aturrido por el progreso técnico, que camina sin fe y sin ideal hacia su pérdida y su ruina.

MAURIAC Y POUJADE

Vísperas de elecciones en Francia. *Mauriac ha dicho "su" frase propagandista:* "Cuando estoy enfermo llamo, si puedo, al primer médico de Francia, como llamaría al primero del mundo. Francia está enferma. De vosotros, electores, depende el llamar al primer médico de Francia, que es Mendes-France".

Pero, ni Mendes-France, está muy seguro de su triunfo, pese a su arrogancia inicial y a su movilidad física y dialéctica, ni Mauriac resulta a estas alturas una colaboración muy eficaz para sumar votos a las candidaturas radical-socialistas.

Ahora, cuando faltan casi sólo horas para las elecciones, los "viejos" miran con angustia el movimiento de Pujade. También él ha dicho una frase que puede ser mucho más eficaz que la de Mauriac:

"El "beef-steak" no es ni de derechas ni de izquierdas...; no hay más política que concluir con los políticos. *El partido de los descontentos es irresistible porque somos la mayoría...*"

Y eso inquieta, como es lógico, a muchos. Tal vez, a todos.

Del 1.º al 5 de enero

UN PRIMER BALANCE

De "gran año diplomático" califica "Le Monde" el que acaba de transcurrir. "Bien puede decirse que durante el mismo hemos visto el fin sino de la guerra fría propiamente dicha, al menos de un período de la guerra fría".

Y enuncia las realidades conseguidas: "Liberación de Austria, establecimiento de relaciones diplomáticas entre Bonn y Moscú, reconciliación definitiva entre la U. R. S. S. y Yugoslavia, liberación de cierto número de prisioneros todavía detenidos más allá del telón de acero, y, "in extremis", la entrada en las Naciones Unidas de la mayor parte de países que desde hace años esperaban se les franqueara la puerta."

Resultados, sin duda, interesantes, aunque no, ciertamente, alentadores en su totalidad. De hecho, la mano de la Unión Soviética aparece claramente en cada uno de ellos, y aunque en algunos casos hayan contribuido a una distensión general, no es menos cierto que han servido para solidificar el dominio bolchevique sobre media Europa y aumentar su progresiva influencia en Asia.

Además, en 1955, no ha habido solución al problema de la unificación de Alemania, ni se ha adelantado un paso en las gravísimas cuestiones de Corea e Indochina. En el Oriente Próximo, la postura de Israel,

ACTUALIDAD

cuyos deseos de expansión se acrecientan a medida que se solidifica su situación interna, ha aumentado los peligros de guerra, mientras las tres grandes potencias entremezclan sus peculiares aspiraciones en dicha zona con determinados intereses que, de algún modo al menos, parecen estar relacionados con encontrados designios en el seno mismo de la dirección revolucionaria.

¿Se referirá a esa lucha sorda, la "oposición ideológica y política" que, según "Le Monde", subsiste entre los dos bloques?

ELECCIONES EN FRANCIA

Poujade y el Partido Comunista han sido los grandes triunfadores en las elecciones que se han celebrado en Francia. El primero con más de dos millones y medio de votos (12,1 por 100 de los sufragios), consigue 52 diputados, mientras los comunistas con cerca cinco millones y medio de papeletas a su favor (25,6 por 100), suman a los 93 diputados de la fenecida legislatura, 52 nuevos miembros, constituyendo así la minoría más numerosa en la nueva Cámara.

Mendes-France ha fracasado en su intento de conseguir la mayoría para su flamante frente republicano. Por el contrario, la división del partido radical-socialista ha resultado al conjunto de las diversas tendencias — comprendo a la U. D. S. R. — once escaños. Teniendo además en cuenta que los socialistas pierden por su parte seis puestos, puede darse por fracasada la tentativa de Mendes a no mediar un acuerdo explícito o tácito con los comunistas, que han iniciado ya su manobra a favor de un nuevo Frente Popular.

"La voluntad de que se produzca un cambio — dice "Le Monde" — se ha manifestado de varias maneras.

"El éxito de las listas pujadistas constituye una primera demostración. Se puede temer que los adheridos a ese movimiento no quieran adaptar precisamente sus actividades comerciales e industriales a las necesidades de la economía modernos. No puede negarse que el pujadismo ha superado

largamente los medios en que ha nacido, y que muchos electores, clase media de las ciudades y de campo, han encontrado en el mismo un medio para expresar su descontento. El antiparlamentarismo es una enfermedad crónica. Los síntomas son inequívocos."

Claro está que para "Le Monde" una fórmula de solución puede ser una "salida" hacia la izquierda, pero nadie desprecia a los 52 diputados pujadistas que cristalizan el descontento de una gran parte de la opinión contra el desgobierno imperante.

Del 6 al 10 de enero

AYUDA SOVIÉTICA A MONROVIA

Informaciones de Monrovia dicen que la U. R. S. S. ha ofrecido al Gobierno de Liberia ayuda técnica y económica.

La estancia en Monrovia de una delegación soviética, presidida por Alejandro Voikov, para asistir a las fiestas allí celebradas con motivo de la tercera reelección del presidente Tubman, ha dado ocasión al Kremlin para meter una nueva cuña en el continente africano, esta vez con el carácter de desafío directo a los Estados Unidos.

Al parecer, la iniciativa soviética cuenta en su favor con cierto malestar de los gobernantes de Liberia, quejosos de la exigüedad de la ayuda norteamericana, que se concreta en una ayuda técnica con un tope anual de un millón ochocientos mil dólares y un préstamo de veinte millones de dólares concedido por el Banco de Exportación e Importación.

La importancia de la ayuda ofrecida por la Unión Soviética — setenta y cuatro millones de dólares en cinco años, según el "New York Times" —, que incluye también la construcción de una base aérea y la entrega de armamento, constituye, en estos momentos, un motivo de viva inquietud en Washington, y precisa la trascendencia de la penetración bolchevique en África a que

nos referimos, precisamente, en una anterior crónica.

¿UN NUEVO FRENTE POPULAR EN FRANCIA?

Mendes-France, en nombre de los radicales, y Guy Mollet, por los socialistas, han llegado a un acuerdo sobre la táctica común a desarrollar por sus respectivos grupos en la Asamblea Nacional.

Tres puntos esenciales constituyen la base del acuerdo:

1) Rechazar toda colaboración con los partidos de la antigua mayoría gubernamental.

2) Rechazar el Frente Popular con los comunistas.

3) Rechazar cualquier fórmula que se presente con la etiqueta de unión nacional.

Ahora bien; como los mendesistas — como llaman ahora, también, en Francia a los radical-socialistas —, los socialistas y otros aliados no cuentan, sumando sus votos, con la mayoría parlamentaria, tratan de presentar un programa de Gobierno, en el cual puedan convenir otros grupos. Así lograría Mendes-France constituir un gobierno minoritario con la asistencia suficiente de votos para mantenerse en el poder al menos durante cierto tiempo.

Pero, ¿qué grupos podrían colaborar en semejante fórmula?

Los comunistas acaban de indicar con claridad meridiana que ellos apoyarán una solución izquierdista. Si es así, Mendes-France puede contar con sus votos por adelantado, lo que significará prácticamente la instauración del Frente Popular en Francia, pese a los remilgos del señor Guy Mollet y del radical-socialismo.

Israel encontrará en un Gobierno de semejante contextura, un buen apoyo para sus planes. No otra cosa puede representar en Francia un Frente Popular presidido por Mendes-France... como antes lo fué por León Blum.

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL
Shehar Yashub

SUMARIO

EDITORIAL

Un «slogan» pontificio. Pacificación preventiva, por J. B. B., pág. 19

PLURA UT UNUM

«Es el Señor», artículo traducido de «L'Osservatore Romano», págs. 17 a 19. - *La seguridad y la paz deben fundarse en Dios y su Cristo*, Mensaje de S. S. el Papa Pio XII, en la víspera de Navidad de 1955, págs. 20 a 25. - *El sentido de cruzada en Inigo de Loyola*, por el P. Ramón Orlandis, S. I., págs. 26 a 28.

EL BIELDO Y LA CRIBA

Por un optimismo cristiano, por Octavio Saltor, pág. 29. - *La Cruzada por un Mundo Mejor. Las cosas pequeñas* por Roberto Coll Vinent, págs. 29-30. - *Carta a «Cristiandad» del Rvdmo. y Excmo. Sr. Obispo de Campos (Brasil)*, pág. 30.

DE ACTUALIDAD

De la quincena política. Leyendo y brujuleando, por José-Oriol Cuffí Canadell, «Shehar Yashub», págs. 31 y 32.

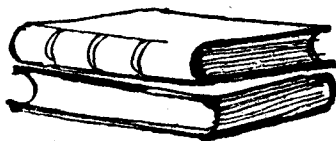
ANEXOS

Separatas de Documentos Pontificios, del año 1955, págs. 133 a 140.

EN NUMEROS PROXIMOS

Dos mensajes: el de Pio XII y el de Eisenhower, por Pedro Basil.
Peligros de las audacias en el opinar doctrinal.
Estudios sobre el discurso de Pio XII al X Congreso Tomista Internacional.
Sobre Pio XII y el film ideal.

Complete su colección



CRISTIANDAD
con los tomos
que le faltan

Administración de Cristiandad: Diputación, 302, 2.º, 1.ª
Teléfono 22 24 46

H. de G. J.

Redes

BARCELONA

Compramos

a 8 ptas. el ejemplar del
índice de
CRISTIANDAD año 1945

Administración de CRISTIANDAD:
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléfono 22 24 46
BARCELONA

Cuando quiera hacer un regalo

visite la

Joyería

más acreditada del Paseo de Gracia

BARCELONA

Fibras Elaboradas

SOCIEDAD ANONIMA

Fábrica y Despacho: Lepanto, 41-43 - Teléfono 2012

TARRASA

P
U
R
O
S
C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S
C
A
P
O
T
E

Faros Forés

Los Faros Forés iluminan las
carreteras de España



Despacho: Almogávares, 145
Teléf. 25 31 00 (3 líneas)
Fábrica: Pedro IV, 162

Padró y Casas

Fábricas de paños y novedades



Despacho: Cruz, 31 y 33 - Fábrica: Cruz, 29 - Tel. 1716
SABADELL



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

Inglés - Francés

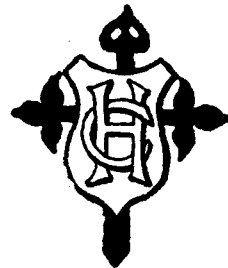
Lecciones en casa y domicilio - Traducciones - Correspondencia

(Precios módicos en las clases por correspondencia)



Adrián de Gispert Serra

Lauria, 89, 3.º, 2.º BARCELONA Tel. 28 43 58



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA